

Psicoanálisis y ciencia

La cuestión polémica del psicoanálisis

Una simple revisión de la literatura en torno al tema¹ lleva al convencimiento de que, si bien la polémica sobre el psicoanálisis continúa aún con cierta vehemencia, las posturas se han aclarado bastante.

Junto con la gran aceptación popular y la difusión en los diversos medios de expresión cultural, los postulados psicoanalíticos han suscitado la casi unánime oposición de los psicólogos experimentales, de la psicología que a sí misma se califica de científica, así como el rechazo desde el campo de la antropología. Es cierto, no obstante, que aún conserva cierta audiencia entre «los hombres de ciencia». Pero con una particularidad sintomática: sus partidarios en estos ambientes, en general, los recluta en el ámbito médico y entre los cultivadores de la filosofía, mientras que apenas si encuentra indulgencia entre los representantes de las ciencias que se definen como más positivas. Por último, de otro lado, la aceptación o rechazo del psicoanálisis se plantea también en un contexto claramente ideológico, como vamos a comprobar en la postura «oficial» de lo que se piensa en la U.R.S.S. sobre él.

Estos serán hechos que merecen retenerse y meditarse, porque tal vez resulten reveladores en orden a determinar el estatuto epistemológico propio del psicoanálisis. En efecto, trato de establecer, con estas afirmaciones genéricas, que la cuestión polémica del psicoanálisis no está tanto en su vigencia actual, cuanto en la cualificación genérica con que se pretenda etiquetarlo: ¿ciencia, saber filosófico, ideología, creencia o simple fantasía?

1. Véase la nota bibliográfica, al final de nuestro trabajo.

No hace falta insistir demasiado en el fenómeno de la enorme difusión y de la aceptación popular del psicoanálisis. Más que por su utilización terapéutica, de no desdeñable amplitud durante algunos años, se ha hecho presente en las expresiones literarias y artísticas de la cultura, en la mentalidad y en el lenguaje corrientes. Testimonios tan poco sospechosos como los de Eysenck (1952/1963) dejarían constancia de ello: «Es imposible negar que las teorías de Freud han ejercido una influencia enorme sobre la psiquiatría, sobre la literatura, y quizá también sobre todo el complejo conjunto de leyes, usos y costumbres a las que con frecuencia nos referimos como 'moralidad sexual'. La mayor parte de las gentes se ha dejado llevar a una aceptación fácil y hasta entusiasta del psicoanálisis... Y en el mundo literario los términos y conceptos freudianos han sido aceptados tan completamente que hay muchas novelas modernas que a duras penas pueden distinguirse de los historiales de casos psiquiátricos»².

Semejante estado de cosas, que Eysenck reconocía en términos prácticamente idénticos en 1963³, creo que puede seguir reflejando la situación actual, al menos en nuestro ámbito de habla hispana. La enorme difusión de la literatura de psicoanalistas de todas las tendencias, y las nuevas formas de psicoterapia de grupo, basadas en postulados psicoanalíticos, serían una buena prueba de ello.

A la par, Eysenck hacía hincapié en el contraste que, por respecto a esta aceptación acrítica, representaba el rechazo del psicoanálisis por parte de psicólogos experimentales y de antropólogos científicos: «toda la resistencia y hostilidad existentes son las que se encuentran entre los psicólogos y antropólogos, casi exclusivamente, es decir, entre quienes han hecho un estudio profesional y detallado de las teorías y pretensiones de los psicoanalistas»⁴.

2. H. J. EYSENCK, *Usos y abusos de la psicología*. Biblioteca Nueva, Madrid 1957, p. 266.

3. Cf. H. J. EYSENCK, *Psychoanalysis -myth or science?*, en S. RACHMAN (ed.), *Critical essays on psychoanalysis*. The Macmillan Comp., New York 1963, p. 66. En su último escrito sobre la cuestión, Eysenck se muestra más negativo sobre el interés suscitado por el psicoanálisis. Dice, en efecto: «We would predict that interest in psychoanalysis which is already flagging, will slowly die» (H. J. EYSENCK and G. D. WILSON, *The experimental study of Freudian theories*. Methuen, London 1973, pp. 393-394).

4. H. J. EYSENCK, *Usos y abusos de la psicología*, p. 266. En términos bien precisos se expresa a este respecto, la presentación de la obra conjunta *El psicoanálisis como ciencia*: «El comité tomó particularmente en cuenta la gran cantidad de dudas que había en la mente de todos con relación a la situación

Como puede comprobarse en la bibliografía que citamos, la afirmación de Eynseck apenas si ha quedado invalidada tampoco a este respecto. Por lo demás, en nuestro propio ambiente, podemos hallarla hoy día comprobada en la actitud de rechazo casi general dentro del ámbito universitario, al menos en nuestras Escuelas y Facultades de psicología⁵.

En resumen, podría hablarse, con algún crítico, de «una pseudo-ciencia con éxito»⁶. Un éxito debido a que el psicoanálisis salió al encuentro de necesidades profundas de la gente. No sólo de las personas afectadas por reconocidas perturbaciones psicósomáticas, sino de la generalidad de los hombres, a quienes hizo caer en la cuenta de las complejidades de su mundo interior, de las tensiones que sobre ellos producían las exigencias de la sociedad, las consecuencias perturbadoras de los deseos insatisfechos y las contradicciones entre el «querer» y el «deber».

Este habría sido el acierto y la oportunidad del psicoanálisis, capaz de explicar el gran eco que encontraron sus postulados y teorías. Pero también daría cuenta del porqué de las reacciones tan opuestas, en favor y en contra del mismo. Según se expresa M. Kolteniuk, «el carácter develador y explosivo de su contenido ha provocado las más variadas respuestas; actitudes que oscilan entre el rechazo en bloque, hasta la aceptación fanática y devota, pasando por todos los niveles de escepticismo e indiferencia»⁷. A este propósito es de interés advertir el fallo de las previsiones de Freud. Es conocida la casi obsesiva insistencia de Freud en denunciar la hostilidad que, entre el público en general despertaba y había de despertar el psicoanálisis, a causa de su propósito constitutivo: el sacar a la luz las zonas sombrías del ser humano. Sólo llegaría, según él, a imponerse lentamente

científica del psicoanálisis... De cualquier manera, no existe duda alguna sobre la amplia influencia que el psicoanálisis ejerce en nuestra sociedad. Por lo tanto, independientemente de que sea o no una ciencia, debe ser considerado como un fenómeno de nuestro mundo actual» (E. R. HILGARD, L. S. KUBIE, E. PUMPIAN-MIDLIN, *El psicoanálisis como ciencia*. UNAM, México 1969², p. 8).

5. A este propósito, deseo dejar constancia de personal agradecimiento a mis alumnos de psicología de la Universidad Complutense, cuya atención y apasionadas discusiones sobre el tema, motivaron definitivamente mi esfuerzo por llegar a una clarificación del mismo.

6. Cf. F. CIOFFI, *Freud y la idea de pseudo-ciencia*, en *La explicación en las ciencias de la conducta*. Alianza, Madrid 1970, p. 327.

7. M. KOLTENIUK, *El carácter científico del psicoanálisis*. F.C.E., México 1976, p. 9.

te, a base de su rigor científico que, a la larga, haría irrecusable su verdad. Parece que el proceso haya sido exactamente el inverso.

Desde ese supuesto, también se comprende con facilidad que la polémica del psicoanálisis se encuadre en un contexto decididamente ideológico, suscitando un enfrentamiento a su respecto en este terreno. Los postulados psicoanalíticos han incidido en los sistemas de creencias ideológicas y de intereses de nuestra sociedad. Vamos a verlo claramente reflejado en el aludido enjuiciamiento del psicoanálisis de parte de la ciencia oficial soviética.

El psicoanálisis ha sido proscrito de los círculos científicos de la Unión Soviética, que declaran sus fallos metodológicos y ofrecen explicaciones alternativas que serían más satisfactorias. Pero, ante todo, porque constituye un fenómeno social que adquiere la categoría de una concepción filosófica general, de carácter idealista y reaccionario. Sobreabundantes explicitaciones de semejantes motivaciones ideológicas en el rechazo del psicoanálisis las encontramos en la obra de F. Bassin, *Qué pensamos acerca del psicoanálisis*. El psicoanálisis sería «uno de los sistemas más mistificados de la psicología social, una de las filosofías más reaccionarias, que no deja al hombre esperanza ninguna de liberarse de las fuerzas biológicas primitivas e irracionales que presuntamente le tienen en su poder»⁸. En el fondo, ése es el motivo decisivo para la oposición global al psicoanálisis desde este campo ideológico: en razón de las consecuencias socio-políticas negativas que se le atribuyen, y por cuanto, en su condición idealista, sería contrario al materialismo dialéctico.

En efecto, se le ve, en buena parte, como responsable de bastantes elementos de la degradación capitalista: de la degeneración moral, la inclinación a la violencia, y la tolerancia, e incluso estímulo, para el mal de que está tan lleno «el mundo capitalista de nuestro tiempo, presa de las contradicciones sociales que le desgarran»⁹. En realidad, ¿cómo entender estas imputaciones, un tanto sorprendentes? No resulta demasiado difícil: porque el psicoanálisis, al cargar el acento en los factores individuales de las desdichas y del malestar mental y social, de los conflictos sociales, desvía la atención de la gente de las contradicciones básicas de la lucha de clases. Se convierte así en una ideología reaccionaria, al servicio de las fuerzas conservadoras; es una

8. F. BASSIN, *Qué pensamos acerca del psicoanálisis*. Cientec, B. Aires 1977, p. 11.

9. *Ib.*, p. 12.

amenaza para la sociedad. Ello también explicaría la benevolencia de ciertos medios capitalistas hacia el psicoanálisis: las principales razones de esa benevolencia residen en la tendencia del freudismo a explicar las tensiones afectivas y las emociones negativas, no por la explotación de clase, que según la expresión de Máximo Gorki engendra «todo el absurdo, la torpeza, la abominación del régimen capitalista», sino, en primer lugar, por la represión de las pulsiones biológicamente determinadas. No hace falta subrayar en qué medida esta castración de la naturaleza social de los afectos resulta aceptable para la concepción burguesa del mundo»¹⁰. Tales serían los influjos socialmente nocivos, favorecedores del régimen capitalista burgués, que se descubren en el psicoanálisis.

Y es que éste se desarrolla, de forma necesaria, en una ideología social de determinado sentido: «eso significa que el psicoanálisis no sólo es utilizado en sociología como una herramienta originariamente neutral, y que dicha utilización puede hacerse en diversos planos y a partir de distintas posiciones sociológicas, sino que *el psicoanálisis creó su propia sociología*, su propio enfoque, profundamente característico, de la interpretación de los fenómenos sociales, cuyas raíces se hunden en el núcleo mismo de la doctrina psicoanalítica... El freudismo no podía llegar a ninguna conclusión que no fuese aquélla a la que llegó, y no estaba en condiciones de engendrar ninguna otra sociología que la específica que creó»¹¹.

Resulta ser, además, el psicoanálisis, según este enjuiciamiento ideológico del mismo, contrario al materialismo dialéctico, por lo cual deviene inconciliable con los fundamentos de la concepción del mundo propia de ese materialismo dialéctico e histórico. Es calificado, reiteradamente, de idealista y, en razón de ello, según parece, carecería de cualquier base científica objetiva. Por lo demás, esto equivale a confirmar su carácter reaccionario, por lo cual no puede ser aceptado como verdadero. Por sorprendente que parezca tal modo de razonar, ésa es de hecho la repetida vinculación que se encuentra en el estudio a que me estoy refiriendo. Así cuando concluye: «me parece que expresaría la opinión de muchos investigadores soviéticos si digo que rechazamos de forma rotunda la concepción psicoanalítica. La sociología y la filosofía del freudismo, indisolublemente uni-

10. *Ib.*, p. 70.

11. *Ib.*, p. 72.

das a su psicología, son reaccionarias e idealistas. En resumidas cuentas, la psicología del freudismo carece de base científica objetiva. Eso hace que la doctrina de Freud resulte inaceptable para nosotros»¹².

Es cierto, por otra parte, que en la polémica contra el psicoanálisis desde el campo de la psicología soviética, se apela a otros planteamientos que, al contrario de éstos, sí entran en un enfoque científico de los problemas. Pero no es menos cierto que, después de haber aludido a las razones del enfrentamiento ideológico, resultan más obvias las motivaciones por las que tiene lugar un rechazo global y constante del psicoanálisis desde ciertas posturas ideológicas, a pesar de que, por otros caminos, también se hayan buscado convergencias, y aceptaciones en bloque, no menos condicionadas desde el punto de vista ideológico.

La explicación de ese contexto, ajeno a un planteamiento científico, en que a menudo es rechazado o aceptado el psicoanálisis, era muy importante, a fin de situar la cuestión en su lugar, y en orden a resaltar dos cosas, con las que terminamos esta introducción. A saber: a) que, frente a ese enfrentamiento ideológico al psicoanálisis, del que el expuesto no es más que un caso, también el psicoanálisis adopta posturas netamente ideológicas y hasta dogmáticas; b) que es imprescindible superar estas posiciones, y adoptar un enfoque objetivo, realizando simplemente un análisis metacientífico de la cuestión.

Respecto a la vertiente ideológica y dogmática que adquiriría, a su vez, el psicoanálisis, estamos ante un lugar común de muchos enjuiciamientos de él desde el campo de la psicología, sobre todo. Para los psicólogos experimentales, según veremos, el psicoanálisis aparece dotado de las características más peculiares de una creencia, de una especie de fe dogmáticamente aceptada, más bien que como un conjunto de verdades científicamente asumidas. Quizá constituiría la dimensión privilegiada de ese carácter de «saber de salvación» que, según se ha dicho, quiere hallar en la psicología un sector de un amplio público. En definitiva: una creencia, que vendría a llenar el hueco dejado por otras concepciones sobre el sentido de la vida, tales como la fe cristiana, que hoy han perdido vigencia. Probaría que esa fe es una necesidad humana, que no puede permanecer insatisfecha y que el hombre busca llenar por el medio que sea; la necesidad que el hombre tiene de comprenderse a sí mismo y el sentido de su exis-

12. *Ib.*, p. 83.

tir. Si esto no se lo proporciona la ciencia, serán legítimos, o al menos inevitables, otros saberes que persigan esa comprensión.

Pero a nosotros se nos plantea la necesidad de enfocar el psicoanálisis al margen de todo este contexto de valoraciones extracientíficas. Es inevitable asumir otros criterios de validez o inadecuación, que, en principio, no tengan que ver ni con resultados ni con servidumbres o instrumentalizaciones. Ver si sus postulados, proposiciones y teorías responden o no a la realidad, y para ello adentrarse en el análisis de los procedimientos, de los recursos metodológicos utilizados en su construcción. Tendremos que partir del supuesto de que existen teorías científicas que se ven confirmadas o invalidadas —mediante la verificación empírica, por ejemplo— y no teorías progresistas o reaccionarias.

Tenemos, por tanto, que enfocar el estudio del psicoanálisis desde la perspectiva de la teoría de la ciencia, realizar un estudio meta-científico acerca del psicoanálisis. Sólo así se adoptará una postura de imparcialidad, por respecto a tomas de posición ideológica o a creencias del signo que sean. Lo único que nos interesa será adentrarnos en el estudio de la precisión o no de sus conceptos, en la verificabilidad de sus hipótesis, la validez de sus proposiciones, en la coherencia y robustez del sistema teórico, el alcance de sus explicaciones y el rigor del método. Cualquier consideración, que no entre en esta línea, queda por completo al margen de nuestro actual interés.

I. EL PSICOANÁLISIS COMO PECULIAR INTENTO CIENTÍFICO

A quien sigue el nacimiento y desarrollo del psicoanálisis se le hace indudable que éste se presentó como una ciencia. Es más: como el único intento verdaderamente científico de estudiar el psiquismo humano, ya que partiría de una rigurosa observación clínica y se traduciría en leyes similares a las biológicas. Freud estaba convencido de ello; se opuso siempre a cualquier reducción del psicoanálisis al ámbito de la filosofía y, sobre todo, creyó dar el golpe de gracia a los mitos y creencias religiosas referentes a las concepciones sobre el hombre.

El determinismo estricto que, según él, rige en los fenómenos psíquicos, proporcionaría la base para garantizar el valor científico de las hipótesis y teorías que irían confirmándose por la observación clínica. Podría llegarse a la formulación de leyes de alcance y validez

universales, siendo posible realizar predicciones exactas acerca del comportamiento individual y colectivo.

No obstante, el mismo Freud sostendrá que la verificación de las teorías psicoanalíticas no precisa de la prueba experimental, prueba que, si se da, no añade nada esencial a la seguridad que el psicoanalista posee acerca de sus hipótesis, mil veces confirmadas por la experiencia clínica. De igual modo, tampoco podría ser desautorizada ninguna de tales hipótesis por cualquier prueba experimental¹³.

Entre estas dos afirmaciones, en apariencia al menos contradictorias, se mueven la generalidad de los psicoanalistas, que reclaman para sus teorías e investigaciones el carácter y la prestancia de la ciencia, mientras rehúsan someterse a las exigencias metodológicas de la ciencia experimental. Por consiguiente, se trataría de un tipo *especial* de ciencia, de características, al parecer, no compatibles con las exigencias del método científico, entendido en sentido estricto. Esto sería válido, al menos, para el psicoanálisis en el sentido más propio, es decir, para el psicoanálisis que a sí mismo se califica de «ortodoxo».

Es, pues, imprescindible delimitar y precisar un poco lo que se entienda por psicoanálisis, así como el alcance que se da a la cualificación de científico, que se pretende atribuirle. Es lo que vamos a hacer a continuación, aunque sea de forma muy escueta.

Por lo que se refiere al concepto de psicoanálisis, de que aquí vamos a ocuparnos, conviene delimitar el terreno, a fin de poder plantear con cierta precisión el problema acerca del carácter científico o no del mismo. Nos referimos sólo a los autores que se hallan en la línea de la ortodoxia freudiana, más o menos estricta, dejando de lado toda la infinidad de aproximaciones, sea a algunas de las teorías psicoanalíticas o a sus técnicas terapéuticas. Unos, en la línea de Jung, por ejemplo, quedarían demasiado lejos de toda pretensión científica; mientras que otros, al incorporar sólo algunos principios o técnicas psicoanalíticas a su práctica psiquiátrica, quizá pudieran reclamar con más justicia la comprobación empírica de sus asertos, pero a costa de renunciar al conjunto sistemático al que, por derecho, le corresponde el título de psicoanálisis. Tal ocurriría, por ejemplo, con algu-

13. Cf. H. J. EYSENCK, *The experimental study of Freudian concepts*, en «Bull. Br. psychol. Soc.» 25 (1972), p. 216. Se trata de una reseña crítica al libro de P. KLINE, *Fact and fantasy in Freudian theory*. Methuen, London 1972.

nas de las derivaciones y aplicaciones del psicoanálisis al ámbito de la medicina psicosomática.

En todo caso, al psicoanálisis entendido en su sentido más estricto, es al que algunos niegan cualquier carácter científico, mientras que otros pretenden presentarlo como una ciencia, o al menos lo consideran con posibilidades de ser formulado en términos verdaderamente científicos.

Ahora bien, para no desviar la cuestión por derroteros sin salida, ante todo, habrá de reconocerse el carácter especial del objeto propio del psicoanálisis, que tal vez impondría unas características peculiares al método para tratarlo. En efecto, suele ser una salida en falso, tanto en un sentido como en otro, el permanecer en la afirmación de que, en razón de su objeto propio, no se trata de una ciencia física, y por ello no estaría sometido a las exigencias metodológicas de estas ciencias; o bien, otros mantendrán que no puede pretender el calificativo de ciencia, por esa misma razón.

Ante todo, hay que aceptar la singularidad del objeto propio del psicoanálisis, que no tolera ser tratado como el contenido de las ciencias físicas. Los psicoanalistas, a menudo, han querido apoyarse en esa singularidad para esquivar todas las objeciones referentes al carácter científico del psicoanálisis. Apelación que, en muchos casos, no es más que una salida en falso.

No obstante, parece necesario y legítimo un criterio equilibrado, tal como el reflejado en las siguientes palabras de la psicoanalista M. Klein: «Conviene tener en cuenta que la evidencia que el analista puede presentar difiere esencialmente de la que se exige en las ciencias físicas, porque la esencia total del psicoanálisis es diferente de éstas. En mi opinión, los intentos de presentar datos exactos comparables traen como resultado un método pseudocientífico, ya que las manifestaciones del inconsciente y las respuestas del psicoanalista a las mismas no pueden ser sometidas a mediciones ni clasificadas dentro de categorías rígidas»¹⁴. Será una indicación que no podrá dejar de tenerse en cuenta. Pero, evidentemente, los adversarios del psicoanálisis tampoco llegan a negar el status científico de éste por el simple hecho de que no sea semejante a la física, ni pueda responder a los procedimientos metodológicos con los que se constituye ésta.

14. M. KLEIN, *Narrative of a child analysis*. The Hogarth Press, London 1961, p. 12.

Lo que es incuestionable es la condición peculiar de los fenómenos de que se ocupa el psicoanálisis: en el marco de los fenómenos vitales, la actividad característica del hombre en sus elementos más indefinidos y oscuros. El hecho es perfectamente destacado por E. Pumpian-Mindlin, en su enfoque crítico sobre el psicoanálisis: «Debido al carácter singular del material, se requiere también un enfoque singular. En esto radica la paradoja del psicoanálisis: las mismas cosas que otras disciplinas tratan de excluir de sus experimentos, porque consideran que nulifican y deforman sus resultados (por decirlo así, los estorbos de la situación experimental), son justamente los fenómenos que el psicoanálisis trata de explorar. Las mismas cosas que en otros campos se emplean como medios de observación son las que el psicoanálisis excluye de su observación. El pensamiento y la acción racionales oscurecen y perturban los datos de observación del psicoanálisis, de la misma manera que los fenómenos no racionales oscurecen y perturban los datos de observación de las ciencias físicas y naturales»¹⁵.

Dado que el psicoanálisis pretende estudiar, precisamente, lo no racional en la conducta humana, es obvio que concentrará su atención en los aspectos más latentes y más alejados tanto del control empírico como de la sistematización teórica. Más bien que observar la conducta, le interesa captar los impulsos subyacentes a la misma, desconocidos para el propio autor del comportamiento, pero que son los causantes de tal conducta determinada. Simplificando, podríamos decir que le interesa captar «lo oculto» de la conducta —sin que esto deba sugerir, por el momento, ningún singular parentesco entre psicoanálisis y «ocultismo».

Ya tenemos, pues, que el objeto propio del psicoanálisis no es «lo observable», y por ello accesible al control empírico inmediato. Pero además, según se sostendrá por los psicoanalistas, en el inconsciente no rigen las leyes lógicas, en los procesos inconscientes no rige el principio de contradicción. Por lo mismo, parece que tampoco sería adecuado pretender el encuadramiento teórico sistemático, según los principios lógicos imperantes en el nivel de lo consciente, de las informaciones que pudieran obtenerse sobre los procesos inconscientes. Todo

15. E. PUMPIAN-MINDLIN, *La posición del psicoanálisis*, en E. R. HILGARD, *El psicoanálisis como ciencia*, p. 216. El campo propio del psicoanálisis es lo no-racional, decía un poco antes (cf. *ib.*, p. 210).

abocaría, simplemente, hacia una interpretación lógica de los fenómenos alógicos que subyacen a la conducta observable y consciente.

La diferencia en el objeto implica, pues, una consiguiente diversidad en la metodología para abordar el conocimiento de los fenómenos atendidos por el psicoanálisis. El psicoanalista parte de la observación clínica para la interpretación de los mensajes del inconsciente que logra captar en el contexto de tal observación. De manera destacada, se basará en la interpretación del fenómeno de la transferencia y la contratransferencia, surgida en el encuentro analítico. Dejemos de lado, por el momento, las implicaciones del hecho de que la base más firme del psicoanálisis esté situada en la *interpretación*, primordialmente de la transferencia. Es un dato de tal importancia que habrá de retener luego, de manera explícita, nuestra atención.

Por el momento, lo que es imprescindible retener es que el psicoanálisis, como conjunto, está integrado por dos grandes bloques: dos tipos de elementos que, si bien son similares a los que se dan en cualquier disciplina, tienen una diferencia especialmente marcada en el psicoanálisis: los datos de observación clínica, con su respectiva interpretación por el psicoanalista, y las estructuras teóricas que tratan de sistematizarlos y que han dado lugar a la constitución de la metapsicología, de que habla Freud.

Para quien, por vez primera, se pone en contacto con los autores psicoanalistas, resulta tan chocante esta doble dimensión del psicoanálisis, que tiene la impresión de hallarse con dos tipos de materias cuyas afinidades internas no son fáciles de descubrir. Por un lado, está el conjunto de los datos desprendidos de la observación, ciertamente orientada por la interpretación del analista, pero que forman un cuerpo de enseñanzas con la consistencia de una fundamentación, al menos aparente, en la observación empírica. De otro, y con unas características bien diferentes, hallamos el montaje de las teorías metapsicológicas, que de ningún modo se ve cómo se hallen vinculadas con la realidad observable y controlable. Más bien dan la impresión de teorizaciones estrictamente especulativas, más emparentadas con elucubraciones filosóficas que con cualquier otro tipo de exposición científica. Así ocurre con las grandes categorías y postulados del psicoanálisis teórico, desde las instancias del aparato psíquico: ello, yo, superyo, hasta la teoría de los instintos, que culmina en las dos grandes teorizaciones del Eros y Thanatos, instinto de vida e instinto de muerte, pasando por las categorías de la libido y las pulsiones, tanto libidinales como agresivas. En una palabra: todo lo que llamaríamos

el aparato doctrinal del psicoanálisis, y que constituye el núcleo fundamental de las escuelas psicoanalíticas, que se dividirán en ortodoxas o menos ortodoxas en función de su adhesión o rechazo respecto a ese cuerpo doctrinal. Veremos que la valoración crítica, desde el punto de vista científico, será diversa para cada uno de estos dos grandes sectores, que deben diferenciarse en el conjunto de las enseñanzas psicoanalíticas.

En este orden de ideas, un intento de revisión científica muy favorable al psicoanálisis, como el de P. Kline, que luego examinaremos, comienza estableciendo la diferencia entre las construcciones teóricas y las bases empíricas. En referencia a ambos sectores deberán establecerse las proposiciones específicamente psicoanalíticas, y la crítica habrá de acomodarse a cada uno de estos tipos de proposiciones¹⁶. Por ilustrar la importancia de esta distinción, podemos anticipar, ya desde ahora, la conclusión final del referido intento valorativo de Kline. Sostendrá que gran parte de la metapsicología de la teoría psicoanalítica es acientífica, en cuanto que no puede ser sometida a una prueba empírica, ni puede ser refutada. Mientras que, por el contrario, buena parte de la teoría psicoanalítica sería susceptible de formularse en proposiciones empíricas, experimentalmente comprobables y por ello dotadas de validez científica¹⁷.

No vamos a discutir, por el momento, el anterior juicio de valor, que, a mi modo de ver, encierra en sí una contradicción, dado el ineludible ensamblaje y la dependencia de la doble dimensión empírico-teórica que se da en cualquier construcción científica, así como las pretensiones de universal validez que postula el psicoanálisis. Atenderemos a la discusión sobre el carácter científico o no científico de las proposiciones específicamente psicoanalíticas, teniendo en cuenta esta doble dimensión que el psicoanálisis engloba. Pero la revisión científica se limitará al primer grupo de proposiciones: las que se pretenden apoyadas sobre bases empíricas, ya que acerca de las proposiciones metapsicológicas ni siquiera habrá lugar a plantearse el problema, sobre todo si resulta que la base empírica no ofrece la necesaria consistencia.

No obstante, antes de adentrarnos en esa revisión, es imprescindible aludir, por muy sumariamente que sea, al otro término del te-

16. Cf. P. KLINE, *Fact and fantasy in Freudian theory*. Methuen, London 1972, p. 2-3.

17. Cf. *ib.*, p. 58.

ma: a la ciencia. Respecto a lo que se entiende por ciencia, y a sus peculiares exigencias metodológicas, veremos que la crítica al psicoanálisis, desde los diversos ámbitos, se plantea siempre dentro de los límites del positivismo científico. De tal modo que, al tener que atenerse el psicoanálisis a los preceptos metodológicos tal como los fija el positivismo, se verá conducido a la descalificación de su pretensión de ser reconocido como una ciencia. De ahí que nos sea imprescindible hacer una breve explicación de lo que implica la condición de ciencia, para poder comprender el sentido de las críticas que se formulan a la pretensión de carácter científico de parte del psicoanálisis.

La ciencia puede ser entendido como un conjunto sistematizado de conocimientos, y puede entenderse más bien como un «modus operandi» peculiar, como un complejo metodológico de determinadas características, que asegure ciertas peculiaridades del conocimiento así adquirido. La ciencia, en su primera acepción, sería así el resultado de la metodología científica. En todo caso, al intentar precisar el concepto de ciencia, es preciso señalar que entenderemos por ciencia un modo particular de episteme, un modo particular de conocimiento; pero no el único. Anticipamos que caben otras formas de episteme que no tendrán que atenerse necesariamente a las aludidas exigencias metodológicas.

En este supuesto, diremos que en el terreno de la ciencia, y bajo el control mediante los métodos que le son propios, podrían situarse los *hechos*, ya sean físicos o sociales, capaces de ser sometidos a observación rigurosa, o bien obtenidos a través de un proceso de experimentación estrictamente tal. Fuera de ese campo quedarían todas las teorías y especulaciones acerca de cualquier realidad que no pueda ser debidamente controlada al nivel empírico. Esto último no se niega, en absoluto, que pueda ser objeto propio de un esfuerzo más o menos riguroso de pensamiento, y producir otra forma de conocimiento tal vez válido; pero no podrá presentarse como ciencia. Esta se entiende, pues, como un saber «positivo», construido a base de una metodología empírica estricta, mediante experimentos bien controlados o vertebrados sobre resultados estadísticos y, en todo caso, formulable en proposiciones debidamente cuantificables.

Dejando por completo de lado la formulación genérica acerca de las exigencias del método científico¹⁸, señalaremos que, para ser cien-

18. Remito a la abundante y conocida bibliografía sobre teoría de la ciencia, en parte recogida en nuestra nota bibliográfica. Por destacar sólo algunas

tífico un saber, deberá alcanzar su objeto —que así y sólo así es un «hecho»— a través de una observación controlada con el experimento, formulada en conceptos y proposiciones no vagos, sino bien definidos, desarrollados en hipótesis predictivas de hechos nuevos a partir de los ya establecidos, contrastadas con las posibles alternativas, de manera que sus resultados sean cuantificables y, en todo caso, puedan afrontar el intento de refutación; es decir, puedan ser declaradas falsas. Con toda brevedad, voy a explicitar alguna de estas condiciones metodológicas a las que tiene que someterse el saber científico.

En primer lugar, se exige la exacta determinación, tanto de los conceptos que entren en juego como de las proposiciones en que se expresen, que siempre tendrán que ser meras hipótesis, en espera de una posible invalidación, y por tanto con un carácter esencialmente provisional. Habrá un primer fallo en la pretensión científica siempre que exista una indeterminación de los conceptos usados, cuya vaguedad se aunarà con el carácter excesivamente general de las proposiciones que, por otra parte, pretendan una condición definitiva. Esa terminología vaga, y el uso de proposiciones susceptibles de múltiples interpretaciones, constituirá un primer factor descalificador de la pretensión científica.

Sobre esa primera base, hay que poder hablar de «objetividad» en sus resultados, siempre que no se pierda de vista el alcance provisional de tal objetividad. Objetividad que se fundamenta en las pruebas, que remitirán siempre a un plano empírico, en el que se pueda desarrollar una situación experimental. Eso es lo que constituye, en sentido estricto, la investigación fundante de la ciencia, que exige y proporciona la posibilidad de que otro observador, otro investigador, pueda repetir en los mismos términos, y así controlar, cualquier hallazgo. La objetividad científica trasciende la situación particular del investigador: cualquier investigador, supuestas las condiciones experimentales, ha de tener la posibilidad de verificar, refutando o corroborando, los hallazgos obtenidos por otro investigador. Así la ciencia avanza constantemente al paso del proceso investigador. El conoci-

referencias, véanse, por ejemplo, E. NAGEL, *La estructura de la ciencia*. Paidós, B. Aires 1968. K. R. POPPER, *La lógica de la investigación científica*. Tecnos, Madrid 1971². C. G. HEMPEL, *Filosofía de la ciencia natural*. Alianza, Madrid 1977. M. BUNGE, *La investigación científica*. Ariel, Barcelona 1960. R. A. BRAITHWAITE, *La explicación científica*. Tecnos, Madrid 1965. Asimismo puede consultarse la abundante bibliografía y los estudios específicos en este mismo número de «Estudios Filosóficos».

miento científico no puede entenderse dogmáticamente. Las leyes científicas están siempre en disposición de «revisiones», aportadas por los hallazgos posteriores.

La ciencia pretende encontrar leyes generales que expliquen la realidad estudiada; pero esta generalización sigue un proceso inductivo, a posteriori: de la observación de la realidad a la formulación de hipótesis y a la comprobación de las mismas. Tal proceso inductivo supone una trascendencia de los datos, de la mera empiria, hacia generalizaciones. Por medio de la manipulación experimental y de la interpretación de los datos, se busca el establecimiento de relaciones (causales o no), así como de otros tipos de conexiones entre ellos. Por otra parte, las hipótesis científicas y, por supuesto, las leyes han de tener carácter predictivo, y esa predicción puede llegar a ser, en algunos casos, una prueba más de la validez o adecuación de las hipótesis.

En resumen, el proceso científico es sistemático. Ello quiere decir que se da una secuencia lógica que informa el camino hacia el establecimiento de la objetividad científica. Uno de los esquemas que podría resultar válido para entender el proceso científico es el siguiente: a) primer momento empírico: observación y recogida de los datos; b) momento teórico: interpretación de los datos, y planteamiento de las hipótesis; c) segundo momento empírico: crear la situación experimental, que llevaría a la comprobación o rechazo de las hipótesis.

El primer momento empírico, de observación y elaboración de los datos, tiene que revestir una serie de peculiaridades, que pueden resumirse diciendo que ha de ser sistemática, controlada y así objetiva. Pero no puede olvidarse que la metodología de la observación también se halla fundamentalmente condicionada por el tipo de objeto que cada ciencia persigue. Ello crea problemas esenciales en algunos campos: hay algunos objetos que, por no poder someterse a una observación controlada, y, en muchas ocasiones, tampoco sistemática, no pueden ser englobados dentro de una epistemología científica. Problema parecido se plantea en la fase de cuantificación de los datos, que revelaría una especie de inadecuación reduccionista a algunos objetos, tales como los de las ciencias sociales, que también pretenden ser abordados con la metodología científica. Pero no puede olvidarse que la cuantificación es uno de los postulados básicos de las ciencias positivas, ya que, por mucho que se amplíe la colección de datos, si

éstos no se hallan debidamente cuantificados, carecen de significación científica.

En cuanto al momento teórico del proceso científico, es obvia su necesidad por cuanto la ciencia nunca es una mera recopilación de datos; exige la interpretación y la vinculación de los distintos hechos. Ahora bien, la forma de interpretación científica sigue fundamentalmente el camino de la inducción. La inducción va desde lo meramente observado, desde el plano empírico, a lo teórico, a las hipótesis. Pero inmediatamente se ve que existe una circularidad entre teoría y hechos en la construcción científica. E. Nagel así lo señala: «Existe una continua apelación de los hechos a los principios y de los principios a los hechos... En orden al desarrollo de nuestro conocimiento, por consiguiente, la teoría y la observación ostentan la misma categoría»¹⁹. No puede hablarse de una ciencia carente de teoría, al igual que no cabe hablar de ciencia si se carece de datos observados y comprobatorios.

Por último, el momento experimental, propiamente dicho, es el cierre necesario del proceso científico: con la experimentación, tendente a la falsación, y sólo de rechazo a la confirmación de la hipótesis y del conjunto del sistema científico, se cierra la unidad lógica del proceso científico. Es cabalmente este momento el que otorga su carácter peculiar al conocimiento científico y lo configura de forma definitiva. En él se posibilita, en efecto, la refutabilidad, siempre abierta, de cualquier saber científico, frente al carácter cerrado y definitivo, dogmático, de cualquier otro conocimiento, que, por eso mismo, no podrá considerarse como científico. A este propósito, no obstante, es imprescindible advertir que las posibilidades de experimentación y de consiguiente comprobación, dependerán en gran medida de las peculiaridades del objeto considerado por la ciencia, hasta el punto de impedir hablar de ciencia, en sentido riguroso, a propósito de ciertos campos cognoscitivos.

II. EL PSICOANÁLISIS ANTE LAS EXIGENCIAS DE LA METODOLOGÍA CIENTÍFICA

Pasaremos, pues, revista al modo como responde el psicoanálisis a las principales exigencias de la metodología científica, tal como han quedado indicadas. El psicoanálisis, para poder ser considerado como

19. E. NAGEL, *La estructura de la ciencia*, p. 43.

saber científico, debería alcanzar su objeto a través de una observación controlada con el experimento, formulada en proposiciones definidas, desarrollada en hipótesis predictivas de hechos nuevos a partir de los ya establecidos, contrastada con las posibles alternativas, de manera que sus resultados fuesen cuantificables y pudieran afrontar el intento de refutación.

Se comienza por destacar en el psicoanálisis un fallo metodológico, consistente en la gran indeterminación de sus conceptos, cuya vaguedad se aúna con el carácter general de las proposiciones y la complicación excesiva de sus hipótesis y construcciones teóricas. Esa terminología vaga, susceptible de múltiples significaciones, va a exigir la interpretación, con toda la carga de subjetivismo que ello implica. Según veremos, éste será uno de los principales reproches que merecerá el psicoanálisis, desde el punto de vista científico.

Los críticos del psicoanálisis, en efecto, insisten en destacar lo fundamental de este fallo, que supone la vaguedad conceptual: al carecer de una elemental precisión semántica, se presta a todo tipo de ambigüedades. Es más: parece que no rebasan el nivel de lo metafórico, situando por ello al psicoanálisis en el polo opuesto al rigor científico. Ante todo, tendríamos que la ambigüedad del lenguaje, consiguiendo a la indeterminación conceptual, haría difícil, si no imposible, su misma refutación. Porque siempre cabe la escapatoria de apelar a una no recta comprensión del asunto o a un sentido nuevo, en el que podría ser válido lo demostrado inconsistente o falso en el sentido asumido.

Piénsese, a modo de ejemplo, en la indeterminación del concepto más fundamental de todo el psicoanálisis, el del «proceso psíquico inconsciente». No sólo nos encontramos con los malabarismos del lenguaje que la lectura de Freud ofrece, cuando trata de dar un sentido concreto a lo inconsciente. Están además sus múltiples significados y, sobre todo, la constitutiva indefinición, según categorías lógicas, de esa misma realidad, dado que, según queda dicho, los principios de la lógica consciente no son aplicables a ningún nivel ni a ninguna consideración del inconsciente. De manera que, si bien se prueba la existencia del inconsciente, como algo que interviene en el comportamiento humano, no queda fijada su condición psíquica y no fisiológica, ni posee sentido alguno, ya que a lo psíquico habría de dársele un sentido y significado completamente distinto al que posee en el

terreno de lo consciente, en que el concepto ha surgido²⁰. Si la réplica es que se trata de realidades nuevas, a las que hay que designar con nombres antiguos, el problema de la indeterminación de conceptos y del lenguaje no queda resuelto con ello. Por este camino, de forma genérica, se llega con frecuencia en el psicoanálisis a utilizar un lenguaje que no puede pasar de ser metafórico: se establecen metáforas, que luego pasan a presentarse como explicaciones, que en el fondo no explican nada, sino que dan lugar a un género de lenguaje ininteligible o sólo aceptable como un estímulo a la imaginación creativa de quien lo oye o lee.

La réplica que suele hacerse a esta imputación de una «textura abierta» en los conceptos psicoanalíticos, según la expresión de E. Nagel, va en el sentido de afirmar que tales conceptos se precisan y adquieren un sentido fijo en cada caso concreto, en su aplicación a un contexto determinado²¹. Pero, obviamente, ésta no es una respuesta satisfactoria para el problema de metodología científica planteado: lo que hace falta es contar con unos conceptos que constituyan definiciones operativas bien precisas y determinadas, con alcance y validez general, que hagan posible trabajar a un nivel de suficiente generalización científica. Si en cada caso el «concepto» tiene un contenido diferente, no hay tal «concepto» en sentido propio, no hay una definición operativa, ni hay tampoco ciencia, que, como ya advertía Aristóteles, no se da sobre «los particulares».

Ante la indeterminación de los conceptos y para su aplicación correcta al caso concreto, naturalmente se hace necesaria la interpretación. Por de pronto, de ese lenguaje ambiguo, que ofrece la oportunidad de dotarle de un contenido adecuado a cada caso. Pero no estaría aquí la objeción más seria, por parte de la metodología científica. No se trata sólo de la necesidad de una hermenéutica del lenguaje oscuro que se utiliza: la interpretación está en la base de la obtención de los mismos datos del psicoanálisis, de manera que forme parte constitutiva de los mismos. Los elementos del inconsciente con que se va a trabajar no surgen, no son alcanzables, sino a través de la interpretación, por parte del analista, del material producido por el analizado. Interpretando ese material —formulaciones conscientes— ha de captarse el factor inconsciente. ¿Esa interpretación la hace el

20. En pp. 57-58.

21. Véase, en este sentido, M. KOLTENIUK, *El carácter científico del psicoanálisis*, pp. 50-54.

propio sujeto? Admitámoslo de momento. Pero, en todo caso, *guiado* por el analista, que ésta es su función. Como es obvio, el subjetivismo tiene ahí un ancho campo de acción, a no ser que existiesen unas normas objetivas, establecidas y universales, en referencia a las cuales se realizase la interpretación. Normas que, obviamente, no se dan, a no ser que como tales se asuman los postulados dogmáticamente establecidos por el primer maestro en esa línea interpretativa.

La vulnerabilidad de la interpretación, instrumento básico del psicoanálisis, estaría reforzada por la peculiar exigencia de la técnica psicoanalítica, que excluye la intervención de un tercero: el analista es el único observador e intérprete autorizado de un caso dado. Esto es absolutamente cierto si se quiere aplicar, con simple lógica, el otro gran principio del psicoanálisis, a saber: sólo en el trance de la transferencia y contratransferencia es posible la interpretación adecuada, ya que ésta se lograría por una especie de «contacto» entre el inconsciente del analizado y el del analista. Toda otra interpretación, fuera de la situación transferencial, estaría falseada. Como ése sería indudablemente el caso del posible testigo u observador que controlase la interpretación, tal control sería por sí mismo imposible. No es válido el recurso al análisis de un mismo sujeto por varios psicoanalistas. Fuera de las dificultades prácticas del supuesto, y dejando al margen las efectivas divergencias de los resultados, en la hipótesis necesaria de la independencia total de los analistas, tenemos: a) el sujeto ya está condicionado psíquicamente por el primer analista; b) el «material» analizable en concreto —no la fobia, por ejemplo, que se desea curar— nunca se repite idéntico a sí mismo.

Encerrados en este insuperable subjetivismo de la interpretación, se corre siempre el grave riesgo, por parte del analista de forzar —consciente o inconscientemente— los hechos observados, a fin de hacerlos encajar en la teoría o en la hipótesis explicativa preconcebida. Que sólo sea un riesgo hipotético sería bastante aventurado sostenerlo.

Cabría la salida apelando a la característica propia del método de trabajo del psicoanalista: la asociación *libre*. Este instrumento de trabajo del analista, por su misma definición, garantizaría la objetividad de las interpretaciones y de los datos obtenidos por su medio. Pienso que pueda aceptarse que, si la asociación —tanto del analizado como del analista— fuera realmente libre, es decir, absolutamente espontánea, la coartada a favor de la objetividad sería válida. Por ese cauce sin interferencias, y supuesto el determinismo de las conexiones psíquicas, se llegaría objetivamente a las motivaciones inconscientes. Pe-

ro son de sobra manifiestas las limitaciones de esa libertad de la asociación: no sólo las interferencias del analista en el proceso mental del analizado, sino la actuación de los prejuicios —o simplemente de las ideas— del analista en su propio discurrir mental. Si hiciese falta alguna prueba palmaria de lo que es inevitable que ocurra, ahí está el fenómeno, tantas veces constatado, de que los pacientes de un analista freudiano producen símbolos freudianos, mientras que los de un jungiano abundan en sus asociaciones en las ideas provenientes de Jung. El hecho lleva a V. E. Frankl a afirmar que las asociaciones en la cura analítica no son verdaderamente libres: tratan de complacer al analista y responden a las concepciones de éste²². El fallo es muy grave, porque ha de advertirse que se refiere al instrumento básico, por no decir único, con que el psicoanalista cuenta para la adquisición de sus datos, no ya para la formulación de sus teorías.

Por otra parte, es claro que una investigación que pretenda ser científica exige y proporciona la posibilidad de que otro observador pueda repetir, y así controlar, cada hallazgo. Ya dejamos dicho cómo, en el caso del psicoanálisis, esto no resulta factible. Pero además esta carencia de control objetivo de los datos del psicoanálisis se pone de relieve desde otro punto de vista: faltan siempre los grupos de control, en que, por contraste, se certificase o excluyese la legitimidad de una observación y de su interpretación causal. Por otra parte, por esa sola razón, según el parecer de algunos críticos, como E. Nagel, la abundancia de datos clínicos, en que pretende apoyarse el psicoanálisis, es superflua, dada la ausencia de validación mediante la referencia al grupo de control²³. Al carecer el psicoanálisis de tales grupos de control, entonces se intenta sustituir la fuerza probatoria de las evidencias controladas mediante la acumulación de «casos» confirmatorios. Se basaría su verificación en la *cantidad* de los «hechos», es decir, de datos interpretados, en ese determinado sentido. Claro está, el procedimiento no es adecuado, porque tal acumulación no lo es de evidencias, sino de supuestos igualmente incontrolados. Pero además ocurre una cosa, que no ha solido tenerse en cuenta: que cada observación se refiere a una situación particular, nunca repetida igual a sí misma, ni en el mismo sujeto, ni mucho menos si varía el sujeto.

22. V. E. FRANKL, *La psychothérapie et son image de l'homme*. Resma, Paris 1970, pp. 93-4.

23. Cf. E. NAGEL, *Problemi metodologici della teoria psicoanalitica*, en S. HOOK (ed.), *Psicoanalisi e metodo scientifico*. Einaudi, Torino 1967, p. 46.

En ninguna oportunidad el caso se repite, porque de las múltiples variables que inciden en él, nunca todas ellas se dan idénticas. Por eso, no es dable pasar a una standardización o a un modelo aplicable a cada caso u observación particular. Podría decirse que, en realidad, no son acumulables tales observaciones, ya que responden a situaciones irrepetibles.

No obstante, aun prescindiendo de este condicionamiento embarazoso, habría que reconocer con Ellis que, en la interpretación de determinado rasgo neurótico, se acumulan los casos como prueba de que está causado por tal acontecimiento temprano de la vida. No obstante, no probarán nada, ya que se deja de constatar la existencia o no de esa conexión con el correspondiente grupo de control²⁴.

Siguiendo adelante en la determinación de los fallos metodológicos del psicoanálisis, desde el punto de vista científico, parece que hay que sostener de cualquiera de las proposiciones psicoanalíticas que ni está basada en un proceso de experimentación rigurosa, ni es experimentalmente comprobable. Tal es el contenido de las críticas más frecuentes al psicoanálisis provenientes del campo de la psicología experimental. Así Eysenck afirma, de manera genérica, que el método psicoanalítico, por ser clínico, no es experimental, y que, en concreto, las pruebas «experimentales» propuestas por Freud no pasan de ser puramente anecdóticas²⁵. La misma naturaleza del contenido de las proposiciones psicoanalíticas y el método utilizado para formularlas, así como para obtener sus datos, parecen incompatibles con el proceso de experimentación rigurosa, de manera que sean vanos los intentos de prueba experimental que se han sucedido. Más adelante examinaremos el problema que, desde esta postura, significan los intentos de prueba experimental de proposiciones psicoanalíticas, así como los correspondientes diseños experimentales para impugnar su validez.

Con el enjuiciamiento negativo de los oponentes del psicoanálisis coinciden, en realidad, las conclusiones de un defensor del mismo tan cualificado como es D. Rapaport, en su obra *La estructura de la teoría psicoanalítica*. Después de haber replicado a las desautorizaciones experimentales del psicoanálisis, tales como las señaladas por Sears, se ve llevado a reconocer que, tal como está formulado, tampoco puede esperar ver confirmadas por este procedimiento sus proposiciones.

24. Cf. A. ELLIS, *An introduction to the principles of scientific psychoanalysis*, en S. RACHMAN (ed.), *Critical essays on psychoanalysis*, p. 120.

25. Cf. H. J. EYSENCK, *Usos y abusos de la psicología*, pp. 278-9.

Se reconoce forzado a admitir honradamente que, «en este terreno, la dificultad misma para obtener datos que contradigan y embaracen al sistema se convierte para éste en verdadero motivo de embarazo. La teoría psicoanalítica, que es adecuada para propósitos clínicos, tendrá que adquirir carácter mucho más sistemático antes de que sea posible diseñar experimentos que no se limiten a confirmar o refutar sus proposiciones, y que más bien las especifiquen y modifiquen. Por lo tanto, el psicólogo experimental que aborde la teoría psicoanalítica tendrá que asumir la responsabilidad de aclarar y especificar teóricamente las proposiciones que pretenda probar. Por el momento es el único modo de llegar a descubrimientos experimentales que puedan ser pertinentes para la teoría o incompatibles con ella»²⁶. En realidad, tal había sido ya el reconocimiento implícito de Freud, según queda apuntado.

Incluido en la no experimentabilidad de las proposiciones psicoanalíticas va el hecho de que tampoco resulten cuantificables. Ahora bien, la cuantificación es uno de los postulados de las ciencias positivas y experimentales; por mucho que se amplíe la colección de datos, si estos no están debidamente cuantificados, carecen de significación científica. La medición exacta de las variables que maneja el psicoanalista es muy difícil, por no decir imposible. Incluso en el supuesto de que categorías como libido, pulsión, mecanismo de defensa, etc., respondiesen a realidades bien definidas en sí, no se ve el modo como pudiesen ser determinadas con exactitud sus magnitudes, al situarlas como causa respecto a un efecto dado. No obstante, las pretensiones explicativas del psicoanálisis exigirían la posibilidad de operar en estos términos, si es que ha de otorgárseles una validez por encima de la simple aproximación casual. Desde luego, de la lectura de muchos escritos psicoanalíticos, comenzando por los de Freud, se saca la impresión de que se podría contar con la prueba condensada en una exacta fórmula matemática. Y es que el concepto de ciencia, de que se quiere hacer partícipe al psicoanálisis, exige tal matematización²⁷.

En conexión con la vaguedad de sus conceptos, así como con la carencia experimental, se hallan otras dos características, negativas desde el punto de vista científico, del psicoanálisis: su irrefutabilidad científica y su incapacidad para hacer predicciones. Sobre esta impo-

26. D. RAPAPORT, *La estructura de la teoría psicoanalítica*. Paidós, B. Aires 1971³, p. 147.

27. Sobre las dificultades de matematización en el psicoanálisis, cf. D. RAPAPORT, l. c., pp. 44-45.

sibilidad de predicción volveremos más tarde, al considerar las réplicas de los defensores de su valor científico, quienes dicen que el psicoanálisis no pretende ser predictivo, sino postdictivo. En cualquier caso, téngase en cuenta que, en la común idea de la ciencia, la posibilidad de hacer predicciones exactas, le es tan esencial a ésta que constituye el test crucial para juzgar de su validez o no. No es aceptable, a este respecto, la postura de algunos defensores del psicoanálisis, que vienen a sostener que la posibilidad de prever los acontecimientos sería sólo un carácter deseable, pero no necesario, de método científico. Pero, de hecho, en el caso del psicoanálisis, sus teorías son tan indefinidas que es imposible hacer una predicción cuya exactitud rebase los límites de la mera casualidad. En el fondo, ocurre que el psicoanálisis no puede ofrecer predicciones, porque los fenómenos por él estudiados están sometidos a un conjunto amplio de variables, cuyo control se escapa por completo a las posibilidades de un conocimiento riguroso. Según reconoce M. Koltenuk, «esta limitación la impone el propio campo de estudio de la teoría psicoanalítica, a saber, la interacción individuo-medio ambiente social, en donde no es posible aislar un sistema específico de variables de todo el contexto, e impedir las influencias de éste sobre el sistema»²⁸.

Por lo que se refiere a la irrefutabilidad, ésta derivaría de la vaguedad de sus formulaciones, por una parte, y del hecho mismo de que no serían susceptibles de sometimiento a la prueba experimental estricta, de otra. La confirmabilidad y la refutabilidad en la ciencia son correlativas, de manera que al haber excluido la primera, es lógico no reconocer la segunda y viceversa. Al menos esto es lo que piensan los críticos de la ciencia más rigurosos, como K. R. Popper²⁹.

Conforme a este criterio, E. Nagel sostiene que sus objeciones contra el carácter científico del psicoanálisis encuentran un fuerte apoyo en que éste parece ser irrefutable. Sus teorías están formuladas en un lenguaje tan vago y metafórico, que no habría ningún hecho incompatible con ellas. Es decir, ninguna constatación de hecho podría establecerse como contraria a la teoría, que podría encontrar siempre la salida de urgencia de un nuevo sentido; así resultan invulnerables sus posiciones. Analiza el ejemplo de la herencia arcaica o de la trans-

28. M. KOLTENIUK, *El carácter científico del psicoanálisis*, p. 92.

29. K. R. POPPER, *El desarrollo del conocimiento científico*. Paidós, B. Aires 1967, p. 47; *La lógica de la investigación científica*. Tecnos, Madrid 1971, p. 75 ss.

misión hereditaria de caracteres adquiridos, que es pieza fundamental en un sector de las teorías freudianas. Pues bien: a pesar de haber sido demostrada por todos los biólogos autorizados como una proposición falsa, en el sentir de Freud, no quedaría por ello invalidada ninguna de sus hipótesis vinculadas con ella. Y entonces Nagel concluye: «en consecuencia parece legítimo preguntarse qué es lo que podría refutarlas, y si son de algún modo refutables»³⁰. En una dirección similar razona Ellis³¹, y por su parte Eysenck concluye tajantemente: «la teoría psicoanalítica queda a salvo de ser demostrada como falsa y, por tanto, no es una teoría científica»³².

No obstante, hay que tener en cuenta que estos autores, a mi parecer, no siempre proceden con lógica en este punto. Aceptamos como fuera de discusión el que, en esta perspectiva científica, si las proposiciones psicoanalíticas se presentan como no refutables por un procedimiento experimental, no se está ante una disciplina científica. Si de hecho es cierto, como parece serlo, que los psicoanalistas quieren sustraer a esa refutación sus conclusiones, entonces son ilógicos al pretender el calificativo de científicas para las mismas. Esto parece claro. Pero lo que causa cierta confusión es que sus oponentes críticos, al tiempo que señalan la no refutabilidad del psicoanálisis, como una prueba de su falta de categoría científica, presentan la posibilidad, y el hecho en algunos casos, de refutar experimentalmente la totalidad o algunas de las proposiciones del psicoanálisis. Tal es el caso de Eysenck, como veremos. De momento señalemos el contrasentido que parece existir aquí, ya que de forma expresa advierte que, al descartar experimentalmente algunas hipótesis freudianas, se desautoriza el *sistema* en su conjunto, pues en ese carácter sistemático vería él la fuerza y la debilidad, a un tiempo, de la construcción psicoanalítica³³.

De todos modos, quedará en pie el fallo metodológico interno, consistente es que para el psicoanalista no significa dificultad insalvable el englobar alternativas mutuamente excluyentes; cada una de ellas sería cierta conforme a la diversa dinámica de la situación. En este orden de cosas, el concepto de formación-reacción o de formación reaccional sería una llave maestra para solventar cualquier posible dificultad proveniente de los hechos que apareciesen contrarios a las

30. Cf. E. NAGEL, *l. c.*, pp. 33-38.

31. Cf. A. ELLIS, *l. c.*, p. 93.

32. H. J. EYSENCK, *The experimental study of Freudian concepts*, *l. c.*, p. 266.

33. Cf. H. J. EYSENCK, *Usos y abusos de la psicología*, p. 279.

expectativas de la teoría. Si en un determinado caso el comportamiento, por ejemplo, no responde a las expectativas previstas por la teoría, es muy fácil salir del paso diciendo que se ha producido un fenómeno de formación reaccional. Dentro de las motivaciones inconscientes es perfectamente compatible la contradicción. En el estudio del psicoanálisis se dan numerosas oportunidades de encontrar estos tipos de explicación: tal comportamiento criminal, por ejemplo, corresponde a un inconsciente sentimiento de culpabilidad por una formación reaccional, mientras que, en otro caso, ese mismo sentimiento de culpabilidad ha producido una total inhibición de la agresividad. Cualquier resultado puede, de ese modo, ser explicado, aunque ninguno pueda ser predicho. Así, es obvio que nunca puede ser demostrada falsa la teoría por los hechos. Tal es la diferencia por respecto a las ciencias, que el mismo Rapaport reconoce palmariamente: «Mientras que en otras ciencias las pruebas que convalidan una teoría deciden entre posibilidades alternativas y mutuamente excluyentes, por lo general ello no es posible en la teoría psicoanalítica. Las alternativas encaradas por el psicoanálisis no son mutuamente excluyentes, sino más bien equivalentes, y cualquiera de ellas puede reemplazar a otra cualquiera, según la dinámica de la situación. Por consiguiente, la teoría no se construye mediante comprobación de predicciones que excluyen todas las restantes alternativas, salvo una, sino más bien mediante la inclusión de todas las alternativas observadas que armonizan con la teoría. Son eliminadas únicamente las alternativas que contradicen la teoría existente»³⁴.

Esta situación es la que, cabalmente, ha sido señalada como característica de una pseudo-ciencia: la aceptación de todas aquellas «comprobaciones» que significarían el apoyo positivo de la teoría, con exclusión sistemática de aquéllas que la invalidarían. Mantienen una relación asimétrica con las expectativas de la prueba: serán aceptados los resultados favorables, y rechazados los no congruentes con las hipótesis. «Un modo por el que esto se consigue es procurando que las hipótesis se entiendan en un sentido restringido y determinado antes de un determinado suceso, pero en un sentido más amplio y más confuso después de éste en aquellas ocasiones en las que las hipótesis no se sostienen»³⁵.

34. D. RAPAPORT, l. c., p. 21.

35. F. CIOFFI, *Freud y la idea de pseudo-ciencia*, l. c., pp. 330-1.

Como resumen de los fallos del psicoanálisis desde el punto de vista metodológico, y que eliminarían su pretensión de considerarse como una ciencia, en el significado que ciencia tiene en el positivismo actual, puede transcribirse esta fórmula densa de Eysenck: «Aquello de que carece el modelo freudiano es de un «modus operandi», comprensible y verificable objetivamente, que pueda ser estudiado experimentalmente en el laboratorio, cuantificado con precisión, y sobre el cual se puedan fundamentar rigurosas leyes científicas»³⁶.

La descalificación científica se ha referido fundamentalmente a aquellas proposiciones psicoanalíticas que están conectadas de manera más directa con los hechos de observación. No se han tenido en cuenta los grandes principios teóricos de la sistematización freudiana; respecto a ellos ni se puede plantear el problema en este terreno, porque quedarían del todo al margen de cualquier posibilidad de verificación. Estos postulados teóricos, tales como el del instinto de muerte, que junto con el de vida constituiría el par básico de fuerzas sobre cuyo enfrentamiento conflictual se forma el modelo antropológico freudiano, han sido objeto de discusión, y con frecuencia de rechazo, por parte de los propios psicoanalistas, más o menos heterodoxos. A la discusión concreta sobre el instinto de muerte o Thanatos voy a referirme brevemente, como confirmación de lo que acabo de decir. Apelaré, para abreviar, a los enjuiciamientos que sobre el asunto hace uno de los más fieles discípulos de Freud, su biógrafo-apologista Ernest Jones.

Freud elabora estos principios teóricos, por vez primera, en su obra *Más allá del principio del placer* (1920). Es la época en que se produce un giro fundamental en su concepción del psiquismo. Pieza clave de esa nueva construcción será precisamente el instinto de muerte, conectado con su actual visión sobre el masoquismo primario, que sería la expresión manifiesta del instinto de muerte que reina en el psiquismo inconsciente. Pasa a primer plano el carácter primario del instinto agresivo, de la agresividad que es radicalmente masoquista o autodestructiva y sólo de modo derivado se hace sádica, al dirigir la agresividad hacia fuera. Estas ideas se apoderan de tal modo de la estructuración teórica del aparato psíquico, llevada a cabo por Freud a partir de estos años, que son irrenunciables para él y adquirirán una expresión definitiva en su obra *El yo y el ello* (1923). Ahora bien, ya en esta dirección, Freud se ve llevado a sus especulaciones, del todo

36. H. J. EYSENCK, *Théorie de l'apprentissage et behaviour therapy*, en *Conditionnement et névroses*, Gauthier-Villars, Paris 1962, p. 19.

desconectadas de la experiencia comprobable, por su vena filosófica. Según el parecer de Jones, a partir de los 60 años, Freud habría entrado en su período más filosófico, volviendo de ese modo a dar cauce a sus primitivas inclinaciones reprimidas³⁷. Luego nos referiremos a este talante filosófico de Freud, y con él del psicoanálisis. Lo anotamos ahora sólo para situar la descalificación casi general de que estas teorías suyas fueron objeto entre los propios psicoanalistas y discípulos. Jones, en su exposición del tema, deja buena constancia del hecho³⁸.

A partir de una mentalidad esencialmente dualista, y llevado por las implicaciones de la misma, se ve conducido Freud a situar en el polo opuesto de la libido o instinto sexual el odio, que se manifiesta como agresión. Luego cae en la cuenta del carácter primario de esa agresión, al observar el fenómeno de la compulsión a la repetición. Descubriría así una tendencia regresiva en los instintos, que, por último, iba a desembocar en el instinto de muerte o de destrucción como el fundamental y dominante absoluto. Ahora bien, ese instinto de muerte, para Freud, no se limita al ámbito del psiquismo, sino que funcionaría en toda la materia viviente, a un nivel biológico, y hasta se cumpliría en el nivel físico-químico, convirtiéndose en un principio cósmico. Oponiéndose, en toda la extensión del frente, al instinto de vida, terminará por triunfar sobre él. Así el instinto de muerte adquiere para Freud una cierta significación trascendente. Como se ve, Freud se mueve en un terreno netamente especulativo, en el que quizá se vea guiado por resonancias de ideas filosóficas, tanto de la antigüedad —Empédocles, Platón— como más recientes o contemporáneas suyas —Schopenhauer y Nietzsche.

Pero el caso es que se tratan de buscar paralelismos y apoyos a la teoría tanto en el terreno de la física, con una equiparación entre la ley de la entropía y el instinto de muerte, como en el de la biología, a cuyas leyes se quisiera aproximar. El fracaso de estos intentos es absoluto. E. Jones lo sintetiza en la frase siguiente: «No puede hallarse ninguna observación biológica que apoye la idea de un instinto de muerte, idea que está en contradicción con todos los principios biológicos»³⁹. En consecuencia, se dirá que el par antagónico: instin-

37. Cf. E. JONES, *The life and work of Sigmund Freud*. T. II, Basic Books. New York 1955, p. 365.

38. L. c., T. III, pp. 286-302.

39. *Ib.*, p. 299.

to de vida-instinto de muerte, no constituyen realidades psíquicas, perceptibles como tales; son instintos biológicos, cuya existencia únicamente está sustentada por las exigencias de la especulación.

Se comprende, pues, que desde el principio fuese poco entusiasta la acogida entre los propios psicoanalistas de estas nuevas teorías del maestro. Jones explica que, en los autores que aceptan la expresión, tales como M. Klein, ésta tiene un significado y alcance bien distinto del que posee en Freud; la utilizarían en un sentido puramente clínico y descriptivo, para calificar globalmente las observaciones psicológicas referentes a los fantasmas agresivos y canibalísticos, sin que se suponga la presencia a nivel celular de una tendencia conducente a la muerte⁴⁰. Aunque reconozco que a M. Klein, por ejemplo, no le preocupan estas teorizaciones de Freud, no estoy, sin embargo, de acuerdo con esta interpretación benévola de Jones. El modelo antropológico que acepta y sobre el que trabaja M. Klein supone como válidas, sin más, estas especulaciones de Freud, y desde luego en ese modelo tiene una vigencia de primer orden el dinamismo del principio de muerte.

Por eso son más lógicos otros psicoanalistas, como O. Fenichel, que rechazan de plano esta idea del instinto de muerte y construyen sus elaboraciones psicoanalíticas sin contar para nada con él. Lo que sería cuestionable es con qué lógica asumen otros elementos de la teoría, que, en la sistematización de Freud, se hallan estrechamente vinculados a esta estructura fundante. En cualquier caso, dan su propia explicación de los fenómenos a partir de los cuales Freud desembocó en la teoría del instinto de muerte⁴¹.

III. LA PSICOLOGÍA CIENTÍFICA FRENTE AL PSICOANÁLISIS

Las réplicas concretas a las pretensiones de cientificidad del psicoanálisis han venido, ante todo, desde el campo de la que a sí propia se define como «psicología científica». No cabe duda de que, entre las numerosas tendencias de la psicología, el calificativo de científica ha sido acaparado por aquellas corrientes psicológicas que, en el sentido más riguroso, deberán denominarse psicología experimental. Se trata

40. Cf. *ib.*, pp. 298-300.

41. O. FENICHEL, *The psychoanalytic theory of neurosis*. Kegan Paul, Trench, Trubner and Co., London 1946, pp. 60-61.

de una ciencia positiva, construida a base de una metodología experimental estricta, desarrollada en el laboratorio, mediante experimentos controlados, o vertebrada sobre resultados estadísticos y, en todo caso, formulable en proposiciones debidamente cuantificables.

Desde este campo de la psicología, dentro de cuyos términos únicamente podría darse la legítima ciencia psicológica, es bastante unánime el rechazo del psicoanálisis, al menos en sus pretensiones de equiparación a la ciencia psicológica. Representante destacado de esta actitud es el citado H. J. Eysenck, cuyos argumentos en contra del valor científico del psicoanálisis se han hecho comunes. Vamos, pues, a recoger estos motivos de descalificación del psicoanálisis como ciencia, según han sido divulgados en particular por este autor. Después será el momento de atender a las contrarréplicas que han suscitado.

1. *Cualificación genérica negativa*

Eysenck, en su informe sobre la cuestión en 1963, señalaba, de manera genérica, el disentimiento frente al psicoanálisis por parte de las personas avezadas a las exigencias de la metodología científica, en especial entre los psicólogos experimentales⁴². Parecer que confirma en sus últimos escritos sobre el particular (1972-73), al decir, en un rechazo global, que «muchos experimentalistas creen que la teoría freudiana no es más que un cadáver»⁴³.

Si bien veremos que este rechazo global resulta un tanto excesivo, y que, en todo caso, debe matizarse más y justificar en detalle la carencia de garantía científica de cada proposición psicoanalítica, puede tomarse como sintomático ese juicio tan radicalmente negativo. Más

42. Cf. H. J. EYSENCK, *Psychoanalysis -myth or science?*, l. c., p. 67.

43. H. J. EYSENCK, *The experimental study of Freudian concepts*, l. c., p. 261. En nada difiere su sentencia en la obra publicada en colaboración con G. D. Wilson, en 1973: H. J. EYSENCK and G. D. WILSON, *The experimental study of Freudian theories*. Methuen, London 1973. Es esta obra un intento de réplica adecuada al alegato de P. Kline en favor de la fundamentación experimental del psicoanálisis. Para ello reedita una veintena de trabajos experimentales sobre diversas proposiciones psicoanalíticas, entre las que se incluyen aquellos a los que Kline apela como más fuertes apoyos empíricos del psicoanálisis. Cada uno de ellos es objeto de un comentario en el que se ponen de relieve o sus fallos o su inadecuación para proporcionar la pretendida prueba experimental de los postulados psicoanalíticos. El juicio, tanto global como en detalle, acerca del psicoanálisis, así como del alegato de Kline, permanece incambiado por respecto al emitido en la reseña crítica a la que me refiero y que tomaré como última formulación de su pensamiento sobre la cuestión.

ponderada, y parece que más justa, sería la apreciación de E. R. Hilgard en la valoración que formula en los términos siguientes: «Quienquiera que trate de dar una opinión honrada sobre el psicoanálisis como ciencia, debe estar presto para admitir que tal como se presenta es muy poco científico y que la gran cantidad de artículos publicados en las revistas no pueden considerarse como verdaderos trabajos de investigación. Después de haber dicho esto, estoy dispuesto a afirmar que hay mucho que aprender en esos artículos. La tarea de hacer una ciencia de las observaciones y de las relaciones puede recaer en otros investigadores y no precisamente en los psicoanalistas»⁴⁴.

En cualquier caso, el enfrentamiento entre el psicoanálisis y la psicología científica es un hecho incuestionable. Desde los postulados de esa psicología surgida del laboratorio o vertebrada sobre resultados estadísticos rigurosos, el criticismo al psicoanálisis no sólo está justificado, sino que aparece como una necesidad⁴⁵, espoleada además por el confusionismo que entre el público suscita la presentación del psicoanálisis como verdadera ciencia psicológica. Situados en la perspectiva epistemológica de la psicología científica, parece inevitable reconocer, como lo hace P. Ricoeur, que «el psicoanálisis no satisface las más elementales exigencias de una teoría científica»⁴⁶.

Cosa distinta será decidir si el psicoanálisis debe o no someterse a las pretensiones científicas del positivismo psicológico, tal como se concretan en el conductismo, por ejemplo. Pero, si se desea equipararlo a él, dotarle de características semejantes y medirlo con sus criterios, parece que no hay réplica a la afirmación de Eysenck: «hasta que los escritores dinámicos aprendan a prestar atención a las pruebas de laboratorio referentes a sus teorías y conceptos, hay poca esperanza de situar al psicoanálisis en un plano científico»⁴⁷. Es indiscutible que existe un divorcio entre la psicología experimental y los procedimientos propios de las teorías dinámicas de la personalidad. De manera que, si a la primera le conviene el calificativo de científica, no podrá pretender la misma consideración la segunda.

44. E. R. HILGARD, *Enfoques experimentales del psicoanálisis*, en *El psicoanálisis como ciencia*, p. 76.

45. Cf. A. ELLIS, l. c., p. 83.

46. P. RICOEUR, *Freud: una interpretación de la cultura*. Siglo XXI, México 1970, pp. 301-302.

47. H. J. EYSENCK, *The experimental study of Freudian concepts*, l. c., p. 263.

Entre este grupo de críticos es frecuente adscribir el psicoanálisis, más bien que al terreno de la ciencia, al grupo de las creencias. Sería una especie de fe o religión, desde el momento en que se basa en la adhesión a un conjunto de teorías impuestas dogmáticamente y aceptadas por la sumisión a sus postulados. Es más: como requisito previo para cualquier tipo de valoración crítica del psicoanálisis se exige haberlo aceptado antes, haber pasado por su experiencia personalmente y, por consiguiente, haber creído en él. El análisis didáctico, imprescindible para poder ser considerado como psicoanalista, significaría esa especie de previo «lavado de cerebro» en favor del psicoanálisis. Eysenck no podía ser más radical sobre este extremo: «La creencia freudiana es exactamente eso: una creencia; no posee ningún fundamento lógico o empírico»⁴⁸. Tal sigue siendo su juicio bastantes años después, cuando en 1972 sostiene que los conceptos y teorías de Freud están basados en la fe y no en pruebas empíricas⁴⁹.

En su estructuración, el psicoanalista parte de una hipótesis, que acepta dogmáticamente y que emplea para probar una nueva hipótesis. El paso importante es el primero, y a darlo llega en el trance del psicoanálisis «didáctico», al que él mismo tiene que comenzar sometándose. Sería una especie de iniciación y, al tiempo, de autosugestión. Es cosa sabida la necesidad de someterse a ese psicoanálisis en la fase de formación del futuro psicoanalista, y también se repite hasta la saciedad, por Freud primero, y luego por sus discípulos, que sólo podrá entender los conceptos y teorías del psicoanálisis —y por ello estar en condiciones de criticarlos— quien haya sido psicoanalizado. Es decir, quien haya aceptado, cuando menos provisionalmente, pero durante el prolongado período que exige el psicoanálisis didác-

48. H. J. EYSENCK, *Théorie de l'apprentissage et behaviour therapy*, I. c., p. 17. Sin negar el rigor de esta argumentación, hay que tener en cuenta aquí un posible sofisma, o al menos una inconsecuencia con respecto a lo que se le exige al psicoanálisis y lo que se postula para cualquier otro tipo de saber. Es cierto que la pretensión de que sólo una vez conocida desde dentro una doctrina es posible criticarla, es típica de las creencias o adhesiones que suponen la fe. Pero no les es exclusiva. Sin ir más lejos, esto mismo es lo que, en realidad, reclama para sí, y para una crítica aceptable, la «behaviour therapy». Por respecto a ella también se sostiene (cf. H. J. EYSENCK, *Conditionnement et névroses*, p. XVI) que una crítica válida de la misma exige un perfecto conocimiento y dominio en este terreno. No habría, pues, mayor lógica en rechazar la pretensión similar de los psicoanalistas por lo que se refiere a sus procedimientos y conclusiones.

49. H. J. EYSENCK, *The experimental study of Freudian concepts*, I. c., p. 261.

tico, la validez del psicoanálisis. Es difícil no ver aquí un principio de dogmatismo, que acercaría de manera demasiado clara el psicoanálisis a la profesión de una fe. Esta es, cabalmente, la actitud religiosa: también propugna que, una vez profesada la fe y en un período de maduración de la misma, puede ésta ser revisada desde dentro; pero sólo desde dentro, ya que, de lo contrario, no se estaría en condiciones de hacerlo por no haberla podido comprender rectamente.

No se ve que resuelvan el problema las contrarréplicas de los psicoanalistas a este reproche. Se dice, como lo hace, por ejemplo, Hilgard, que la necesidad del psicoanálisis didáctico está en función del debido manejo posterior de la transferencia y la contratransferencia, en que tanto hincapié hacen los psicoanalistas y en especial los defensores de la objetividad científica del análisis. No vamos a negar que esto sea cierto; pero no por ello se evita que quien se ha sometido al psicoanálisis didáctico haya tenido que comenzar por aceptar, *antes de comprenderlas*, las teorías y postulados del psicoanálisis. Por lo tanto, no me parece concluyente, ni mucho menos, el aludido razonamiento de Hilgard cuando establece: «No se trata de someter al analista a un adoctrinamiento especial, para que transmita la fe mantenida por su terapéutica. Si ocurre así en algunas ocasiones, entonces el adiestramiento para el análisis no ha tenido éxito. Lanzar la acusación de que el psicoanálisis no es científico, debido a que el método requiere que el analista esté analizado, es algo que carece de base, aunque con frecuencia se lance»⁵⁰. Creo, en cambio, como he dicho, que queda perfectamente fundada esa objeción. Es inapelable, en efecto, el razonamiento de Ellis a este propósito: «Si uno tiene que creer en un sistema de interpretación antes de que pueda contrastarlo con la realidad, este sistema es necesariamente anticientífico»⁵¹.

50. E. R. HILGARD, *Enfoques experimentales del psicoanálisis*, 1. c., p. 50.

51. A. ELLIS, *An introduction to the principles of scientific psychoanalysis*, 1. c., p. 92. Un matiz particular adquiere esta especie de fe, situada en el polo opuesto de la actitud científica, para el caso de Freud y del asentamiento que a sus aserciones le prestaron numerosos discípulos. Como han hecho notar J. WOLPE y S. RACHMAN, parecería existir entre los analistas una especie de tácita creencia en la inerrancia de Freud, cosa que le dispensaría de someterse a las normas de comprobación aplicables a los demás mortales. Apoyan esta afirmación en las palabras de un psicoanalista: E. GLOVER, *Research methods in psychoanalysis*, en «Int. Journ. Psych.» 33 (1952), 403-409, y concluyen con toda justicia: «otorgar semejante privilegio a quien quiera que sea es violar el espíritu de la ciencia» (cf. J. WOLPE and S. RACHMAN, *Psychoanalytic «evidences»: A critique based on Freud's case of Little Hans* (1960), reproducido en J. H. EYSENCK and G. D. WILSON, *The experimental study of Freudian theories*, pp. 336-337).

Porque, en efecto, el carácter de creencia es, en este contexto, el polo opuesto a la condición de científico; es la alternativa que se le ofrece al psicoanálisis, que podrá asumirse como una creencia, pero siempre que renuncie a la pretensión de validez científica. Ya en este primer punto de partida no se atiende a las exigencias de comprobación, conforme a una técnica de control común a las ciencias experimentales. Por consiguiente, lo menos que puede decirse es que es pre-científico, y, en el caso de que sus postulados quieran imponerse a modo de dogmas, el psicoanálisis es anticientífico: «La consideración de una teoría científica como un dogma es la violación del espíritu científico. Si el psicoanálisis desea ocupar un lugar en la ciencia, debe aceptar también este postulado»⁵². Impregnada hasta la saturación de ese dogmatismo estaría la salida, no infrecuente, de los psicoanalistas cuando presentan toda oposición a sus teorías como un mecanismo de defensa contra verdades inconscientemente inconfesables, por parte del oponente: prejuzga la solución de lo cuestionado, con un argumento «ad hominem» totalmente anticientífico.

Por otra parte, es evidente que ningún psicoanalista aceptará ver relegados sus conocimientos al ámbito de las creencias religiosas. Esta postura quizá sea justificada. Pero si él mismo admite que sólo existen dos sectores del pensamiento humano elaborado: el etiquetado como «creencia» y el de las ciencias empíricas, necesariamente optará por situarse en la categoría de lo científico⁵³.

2. *Limitaciones de los resultados terapéuticos*

Naturalmente la réplica definitiva de los psicoanalistas a todas las objeciones teóricas en contra de la validez de sus doctrinas, estaría en la eficacia práctica de sus aplicaciones terapéuticas. Tal ha sido un modo corriente de proceder, de parte de los psicoanalistas, y por eso también ahí comienza la crítica de los oponentes, como es el caso más destacado de Eysenck. Sus repetidas requisitorias contra el psicoanálisis arrancan siempre de la afirmación y, según él, de la demostración estadística de la ineficacia terapéutica de los procedimientos psicoanalíticos. La cuestión en sí es de sobra conocida y a nosotros

52. O. PUMPIAN-MINDLIN, *La posición del psicoanálisis*, en *El psicoanálisis como ciencia*, p. 247.

53. «O el psicoanálisis es una ciencia, sometida a los habituales postulados del argumento científico y a la evidencia científica, o no lo es» (H. J. EYSENCK, *Psychoanalysis - myth or science?*, l. c., p. 68).

no nos incumbe reiterar los avatares de la polémica sobre el particular. Me limito a anotar esta posición, por cuanto el hecho de la ineficacia terapéutica implicaría la falsedad de la teoría de las neurosis sostenida por el psicoanálisis. En efecto, no es sino en este plano teórico en el que buscamos el estatuto epistemológico propio del psicoanálisis, preguntando por la validación científica o no validación de sus teorías. Por otra parte, creo pertinente la advertencia de V. E. Frankl acerca de la ilegitimidad de querer verificar la teoría de la psicología dinámica a partir de sus frutos terapéuticos. Según las múltiples estadísticas, parece ser que el porcentaje de los éxitos curativos es sensiblemente igual cualquiera que sea el método psicoterápico empleado⁵⁴. Lo que, de rechazo, a mi parecer, sí implicaría es la inconsistencia de la teoría de la psicología profunda acerca de las motivaciones inconscientes de los trastornos neuróticos, que sólo por medio de la técnica psicoanalítica podrían ser modificados de manera eficaz. En parte al menos, éste es el parecer de Eysenck cuando reconoce que el fallo terapéutico no invalidaría la verdad del psicoanálisis en otros aspectos, como tampoco su eficacia curativa daría por sentada su verdad en todos los terrenos⁵⁵. Veamos, pues, brevemente su postura sobre este particular.

En su obra *Usos y abusos de la psicología* (1952) Eysenck divulgó los resultados de sus estudios acerca de los efectos curativos de las distintas psicoterapias, en particular la psicoanalítica, en comparación, como grupo de control, con las curaciones espontáneas de los trastornos neuróticos. Según sus estudios, el porcentaje de curaciones espontáneas sería igual o ligeramente superior al de los casos tratados por la psicoterapia⁵⁶. En *Behaviour therapy and the neuroses*, de 1960, esencialmente mantiene idéntico parecer⁵⁷, para reiterarlo en 1965⁵⁸.

Es cierto que tales afirmaciones de Eysenck han sido objeto de réplicas que trataron de desautorizarlas. Dejando al margen esta discusión, nos interesa recoger el juicio global que sobre el particular establece P. Kline: «En conclusión, estas tres obras de Eysenck (1952,

54. Cf. V. E. FRANKL, *o. c.*, p. 36.

55. Cf. H. J. EYSENCK, *Psychoanalysis - myth or science?*, 1. c., p. 73.

56. Cf. H. J. EYSENCK, *Usos y abusos de la psicología*, pp. 237-41. H. J. EYSENCK, *The effects of psychotherapy: An evaluation*, en «Journ. of Cons. Psych.» 16 (1952), pp. 319-324, reimpreso en H. J. EYSENCK and G. D. WILSON, *The experimental study of Freudian theories*, pp. 365-363.

57. Cf. H. J. EYSENCK, *Conditionnement et névroses*, pp. 5-6.

58. H. J. EYSENCK, *The effects of psychotherapy*, en «Int. J. Psychat.» 1 (1965), 99-142.

1960, 1965) demuestran claramente que la psicoterapia de ningún modo es tan efectiva como sus adeptos quisieran. Pero no establecen que la terapia psicoanalítica sea inútil»⁵⁹. Es del mayor interés para nosotros este reconocimiento por parte del oponente de Eysenck, ya que no nos importa dilucidar hasta qué punto sea o no eficaz terapéuticamente el psicoanálisis, sino deducir una valoración general acerca de la teoría psicoanalítica de las neurosis. Y, a este propósito, me parece que el solo hecho del reconocimiento de las curaciones espontáneas es contrario a esa teoría. En efecto, de ser cierta la teoría psicoanalítica, no podrían darse tales curaciones espontáneas, pues el dinamismo del conflicto inconsciente generador de las neurosis no podría disolverse, en ningún caso, por sí mismo. Tal es la contrarreplica del mismo Eysenck a las conclusiones de Kline, apelando al parecer de Rachman en su última obra, de 1971, cuando dice que no es posible revisar la afirmación de Eysenck acerca de la alta proporción (65 %) de curaciones espontáneas de los desórdenes neuróticos⁶⁰.

3. *Intentos de validación científica y réplica a los mismos*

Hechas las anteriores aclaraciones de carácter general acerca del enjuiciamiento del psicoanálisis desde la psicología científica, vamos a pasar al estudio de algunos problemas concretos desde un enfoque experimental. Guiados por un doble convencimiento: el de la comprobabilidad de algunos conceptos psicoanalíticos y el de su complementariedad con otros modelos de explicación de la conducta humana, han sido llevados a cabo abundantes estudios experimentales de las proposiciones psicoanalíticas. Al mismo tiempo que esas experiencias intentaban validar como científicos los postulados del psicoanálisis, fueron emprendidos también otros con el propósito de demostrar su inconsistencia o bien de poner a prueba sus pretensiones. Tales estudios, tanto en uno como en otro caso, se refieren a proposiciones psicoanalíticas concretas, aquellas que estarían más cercanas a los hechos de observación, aunque naturalmente comprometen la valoración de las estructuras más teóricas del sistema.

59. P. KLINE, o. c., p. 312. Para la revisión de la literatura en torno al tema, remito, por una parte, a la citada obra de P. Kline, pp. 309-312. Asimismo en la línea de oposición a la terapia psicoanalítica, la completa exposición de S. RACHMAN, *The effects of psychotherapy*. Pergmon, Oxford 1971.

60. S. RACHMAN, o. c., p. 40.

Voy a exponer únicamente una visión de conjunto y una especie de balance general de los numerosos estudios de este tipo que he tenido la oportunidad de conocer, tanto en su formulación original como en las réplicas de que han sido objeto. Ello será suficiente para adquirir una idea equilibrada acerca de la situación del psicoanálisis en este terreno.

De las distintas proposiciones psicoanalíticas que han sido sometidas a diseños experimentales, selecciono algunas entre las más características y que han sido objeto de estudios más detenidos. De ese modo, me referiré al complejo de Edipo, la triple estructura psíquica del ello, yo y superyo, la teoría psicosexual y, entre los mecanismos de defensa, a la represión.

Respecto al tema psicoanalítico central del complejo de Edipo, hay que anotar como más significativos, entre otros, los estudios de Hall y colaboradores⁶¹ en torno a los sueños. Parece que las investigaciones de Hall constituirían una prueba en favor de la existencia del complejo de Edipo y un apoyo decisivo en pro de la angustia de castración vinculada con dicho complejo. P. Kline opina, a propósito de estos trabajos, que «deben considerarse como una buena evidencia a favor de la teoría psicoanalítica de los sueños y como una evidencia para el complejo de Edipo... El mayor hallazgo de este estudio apoya fuertemente la teoría freudiana y la existencia de la angustia de castración en el varón»⁶². Cabe citar además una serie de encuestas en torno a los sueños. En estudios de este tipo se encuentran todos los apoyos experimentales en favor de la teoría edípica.

Las interpretaciones más benévolas de estos resultados cabría formularlas en los términos siguientes: las evidencias en favor del complejo de Edipo no probarían que éste tenga la importancia que se le atribuye, al considerarlo como el conflicto básico de toda la vida mental⁶³. Ahora bien, a los estudios experimentales de Hall y colaboradores debe hacerseles el reparo común y fundamental de que no tiene en cuenta otras teorías alternativas, que podrían explicar, igual o mejor que las hipótesis freudianas sobre los sueños, los resultados

61. Cf. en particular C. HALL, *Strangers in dreams: an empirical confirmation of the Oedipus complex* (1963), reproducido en H. J. EYSENCK, *The experimental study of Freudian theories*, pp. 113-122. C. HALL and R. L. van DE CASTLE, *An empirical investigation of the castration complex in dreams* (1965), ib., pp. 157-166. Cf. P. KLINE, o. c., pp. 229-235.

62. P. KLINE, o. c., pp. 233-234.

63. Cf. ib., p. 348.

de sus encuestas. De otro lado, Eysenck y Wilson advierten en los estudios citados ciertos fallos metodológicos de importancia⁶⁴.

En cuanto a la prueba experimental en que pudiera apoyarse la estructuración mental de las tres instancias: ello, yo y superyo, Kline se muestra francamente pesimista. Según él, la prueba definitiva sería la demostración de la existencia de tres sistemas fisiológicos en el cerebro, que fuesen el soporte de la actividad característica del ello, yo y superyo. Pero tal prueba no existe, y los estudios empíricos orientados a confirmar estos tres sistemas mentales están trabados de tal manera que no pueden proporcionar un apoyo serio a la existencia de esas tres instancias de la estructura psíquica⁶⁵.

En realidad, parece que nos encontramos ante uno de los puntos más vulnerables, desde el enfoque empírico, de las teorías freudianas. Ya Ellis señalaba que el ello, yo y superyo no pasan de ser construcciones ficticias, que por no ser identificables con cortes a nivel psicológico ni con estructuras de la conducta, de hecho no pueden ser aceptadas ni tampoco rechazadas a no ser por fe. Pero además su uso es engañoso, ya que hace derivar hacia una personificación de tales estructuras, cosa inadmisibles para una psicología científica⁶⁶. Para quien pretenda mantener al psicoanálisis en los límites del positivismo científico, puede resultar descorazonador que el andamiaje quizá más decisivo de la teoría psicoanalítica se vea así desamparado de pruebas empíricas. Pero éstos son los hechos.

La teoría psicosexual se concreta en las fases del desarrollo de la libido y consiguientemente de la personalidad total del individuo, y lleva al establecimiento de las tres fases: oral, anal y genital, con las correspondientes fijaciones que se reflejan en el carácter, y las numerosas subdivisiones que irán introduciendo los distintos psicoanalistas. Pues bien: se han ideado diversas pruebas experimentales en orden a comprobar las correlaciones que, según los psicoanalistas, existirían entre las distintas fases del desarrollo sexual y las modalidades del carácter. Kline recoge ampliamente estos estudios⁶⁷ y anota los principales resultados de los mismos. Los estudios experimentales en tor-

64. Cf. H. J. EYSENCK and G. D. WILSON, *The experimental study of Freudian theories*, pp. 122-124; 166-167.

65. Cf. *ib.*, pp. 126 ss., 348.

66. Cf. A. ELLIS, *An introduction to the principles of scientific psychoanalysis*, I. c., pp. 102-104.

67. P. KLINE, *o. c.*, pp. 13-94. Cf. H. J. EYSENCK and G. D. WILSON, *The experimental study of Freudian theories*, pp. 19-110.

no a la teoría psicosexual harían concluir que existe firme evidencia en favor del carácter anal, moderado apoyo para el carácter oral, mientras que los demás síndromes no se ven confirmados⁶⁸. En consecuencia, piensa que no sería necesario abandonar la teoría psicosexual del psicoanálisis, aunque varias de sus conclusiones aún no hayan podido encontrar confirmación empírica.

En cualquier caso, debe advertirse el juicio más bien negativo que la aplicación de los Dibujos de Blacky merece al propio Kline, quien encuentra en los experimentos realizados con ellos un apoyo fundamental para sus conclusiones en favor de algunos elementos de la teoría psicosexual. Reconoce expresamente: «it must be remembered that the test-retest reliability of the Blacky Pictures in hot high»⁶⁹. Lo cual nos anticipa en cierto modo la reserva con que deberán ser tomadas sus conclusiones.

Por su parte, Eysenck, en los comentarios a los estudios experimentales referentes al desarrollo psicosexual, no halla ninguno que, en rigor, sea conclusivo. A los resultados del estudio de Goldman-Eisler les da una explicación genética, con lo que invalidaría la fuerza probativa que Kline les concede. Asimismo propone teorías alternativas para explicar los resultados del experimento de Blum y Miller, y no sería concluyente, en favor de la teoría freudiana, el trabajo de Kline, que éste presenta como tal⁷⁰.

Por lo demás, el concepto que está a la base de toda esta construcción teórica, la libido, ha merecido enjuiciamientos tan duros desde la psicología empírica como el que expresan las siguientes palabras de Ellis: «El concepto de libido parece ser esencialmente científico». Explicando tal aserto, aduce las razones siguientes: a) la libido es una construcción teórica, que no puede ser probada o rechazada

68. Cf. *ib.*, pp. 29, 43-4, 92-4.

69. P. KLINE, *o. c.*, p. 105. Adviértase, por lo demás, que la prueba de Blacky se encuadra ella misma en el contexto de la teoría psicoanalítica y, por tanto, mal puede proporcionar una validación *objetiva* de las hipótesis a que se aplica.

70. Los escritos aludidos son los siguientes: F. GOLDMAN-EISLER, *The problem of «orality» and of its origin in early childhood* (1951), reeditado en H. J. EYSENCK and G. D. WILSON, *o. c.*, pp. 38-61; G. S. BLUM and D. R. MILLER, *Exploring the psychoanalytic theory of the oral character* (1952), *ib.*, pp. 65-81; P. KLINE, *Obsessional traits, obsessional symptoms and anal erotism* (1968), *ib.*, pp. 86-95. La afirmación de Kline sobre la validez del apoyo experimental a la teoría del desarrollo psicosexual que proporcionan los trabajos de Goldman-Eisler y el suyo propio, en P. KLINE, *o. c.*, p. 93. La réplica de Eysenck en *The experimental study of Freudian theories*, pp. 61-63, 82-84, 95-98.

por medios empíricos, b) el concepto de energía libidinal parece derivarse de las concepciones mecanicistas, preeinsteinianas, de la energía física, hoy abandonadas por físicos y biólogos, c) los fenómenos para cuya explicación se recurriría a la libido pueden ser explicados de otro modo ⁷¹.

Siguiendo adelante con nuestra referencia a las pruebas empíricas de los conceptos freudianos, aludiremos también a los mecanismos de defensa y en particular a la represión. Kline recoge un extenso elenco de pruebas experimentales orientadas a apoyar la existencia del mecanismo de la represión, y halla precisamente para ésta las más amplias y seguras confirmaciones empíricas. Hasta el punto de que uno de los experimentos, el de Levinger y Clark, le merezca el siguiente juicio perentorio: «este estudio de Levinger y Clark (1961) proporciona una evidencia irrefutable en favor del concepto freudiano de la represión» ⁷². Reseña luego una serie de estudios en torno a la «defensa perceptiva» y, limitándose a los realizados por Dixon, resume sus resultados del siguiente modo: «En todos estos cinco estudios hay una clara demostración del fenómeno de la defensa perceptiva. Puesto que ya queda demostrado que la defensa perceptiva es simplemente un ejemplo de la represión freudiana, se sigue que Dixon ha producido una demostración experimental de la represión... En resumen, a pesar de su limitación, estos experimentos han de ser considerados como una firme evidencia en favor de la teoría freudiana de la represión» ⁷³. Páginas más adelante, valorando el conjunto de pruebas referentes a la represión, dice: «Estos experimentos serían, pues, demostraciones de laboratorio del mecanismo freudiano de defensa que es la represión, que deberá considerarse como probada» ⁷⁴.

Esta seguridad acerca de lo bien fundado de la teoría freudiana en este punto es quizás la más común entre quienes han abordado experimentalmente los conceptos freudianos. Ya era compartida, por ejemplo, por Hilgard, quien veía en estos estudios una puerta abierta a la confirmación empírica del psicoanálisis ⁷⁵. No obstante, una vez más, la réplica crítica respecto a este caso particular de las pruebas

71. A. ELLIS, i. c., p. 105.

72. P. KLINE, o. c., p. 164. Se refiere al trabajo de G. LEVINGER and J. CLARK, *Emotional factors in the forgetting of word associations* (1961), reproducido por H. J. EYSENCK and G. D. WILSON, o. c., pp. 190-203.

73. *Ib.*, pp. 175-176.

74. *Ib.*, p. 181.

75. Cf. E. R. HILGARD, *Enfoques experimentales del psicoanálisis*, en *El psicoanálisis como ciencia*, pp. 20-21.

empíricas, no deja de producirse. Desde las objeciones de carácter general, hasta la contraprueba en el mismo terreno experimental, consistente en ofrecer una teoría alternativa para explicar esos resultados.

Como ejemplo del primer tipo de réplicas, podríamos incluir el razonamiento con que V. E. Frankl señala el círculo vicioso del psicoanálisis al pretender que la instancia represora (el superyo) tenga su fuente y adquiera su fuerza a partir de las mismas pulsiones reprimidas, ya que, en definitiva, todo partiría del ello ⁷⁶. En la otra línea, está la contraprueba sugerida por Eysenck al proponer la teoría alternativa de Walker, frente a la freudiana, que sostendrían los experimentos de Levinger y Clark: los mismos hechos referentes a los tiempos de reacción en el recuerdo de palabras, conforme a sus cargas emotivas, serían explicados mejor a través de una hipótesis totalmente distinta del presupuesto freudiano que se quería probar. En efecto, el experimento de Levinger y Clark excluye la hipótesis alternativa de que el olvido está en función de la respuesta competitiva (de la interferencia); pero se podría ofrecer una explicación fisiológica, apoyada en los mecanismos cerebrales del recuerdo ⁷⁷.

En consecuencia de lo dicho, quedaría descalificado el argumento que, según Kline, proporcionaba una «irrefutable evidencia» en favor del concepto freudiano de la represión. Y cree Eysenck que con esta invalidación del que parece ser el más fuerte apoyo de la idea de la represión, quedan igualmente socavados los demás apoyos empíricos ⁷⁸. De hecho, él ofrece, utilizando el trabajo experimental de D. S. Holmes ⁷⁹, la otra alternativa, que no quedaría excluida en ninguno de los restantes estudios: la interferencia (respuesta competitiva) sería la causa de la disminución de la capacidad de recuerdo. Esto, según Holmes, «sitúa al concepto de la represión en una posición precaria por respecto a la necesaria verificación experimental» ⁸⁰.

Dando por suficiente la alusión a los intentos de pruebas experimentales en favor de los conceptos y proposiciones psicoanalíticas, y como complemento de lo precario de sus resultados, hay que adver-

76. Cf. V. E. FRANKL, o. c., p. 32.

77. Cf. H. J. EYSENCK and G. D. WILSON, o. c., pp. 203-205.

78. H. J. EYSENCK, *The experimental study of Freudian concepts*, I. c., pp. 262-263. Por lo demás, le parece a Eysenck una demasia inaceptable, en el contexto de la ciencia, hablar de una «irrefutable evidencia», cosa que nunca podría darse en este terreno de la ciencia (cf. ib.).

79. D. S. HOLMES, *Repression or interference? A further investigation*, de 1972, reeditado por H. J. EYSENCK and G. D. WILSON, o. c., pp. 173-187.

80. Ib., p. 187.

tir, que no se tiene en cuenta con alcance genérico, en la aplicación de estos experimentos, la existencia de otras teorías alternativas para explicar los mismos hechos. Es decir, se da por confirmada la hipótesis psicoanalítica antes de ver si esos mismos hechos se explicarían de igual modo, o incluso mejor, mediante otras hipótesis que nada tienen que ver con las psicoanalíticas. De hecho, en muchos casos, ya existen esas teorías alternativas, pero se las ignora, y se da por sentado que la única explicación de esos resultados del test sería la hipótesis psicoanalítica, con lo que ésta se tiene por probada. En cada experimento deberían examinarse cuantas teorías alternativas pudieran explicar los resultados; si sólo una, en el caso la psicoanalítica, aparece como coherente con los datos, entonces sí quedaría confirmada. Tal es el camino de la ciencia y, de haber procedido así, serían válidos los tests experimentales en favor de las teorías psicoanalíticas.

Generalizando, para concluir, la postura de la psicología científica por respecto al psicoanálisis, es negativa: no posee valor científico y no podría mantenerse a la par con las diversas corrientes que integran la psicología científicamente fundamentada⁸¹. No obstante, hay entre los psicólogos quienes creen que puede asumirse en calidad de algo complementario de esos otros tipos de estudio de la conducta. Tal sería el sentir de L. S. Kubie, en la obra editada por Sarason⁸². Según hemos visto, también piensa así Kline.

Otros psicólogos, en cambio, son más radicales en su oposición al psicoanálisis, sin que ello signifique que se cierren a reconocer cualquier elemento de verdad en esta doctrina. Es característica la postura de Eysenck. Advirtiendo que, por supuesto, no todo es falso entre las múltiples afirmaciones de los psicoanalistas, se inclina a sostener que las cosas ciertas no les pertenecen como descubrimientos propios. Son simplemente verdades reconocidas ya mucho antes de iniciarse el psicoanálisis, y que éste ha hecho suyas, pretendiendo la originalidad sobre las mismas. Numerosos elementos de las teorías freudianas, como los del simbolismo, eran conocidos mucho antes de Freud y eran válidos al margen de todas las teorías a las que ahora se incorporan. La crítica, altamente corrosiva, de Eysenck sobre el psicoanálisis llevaría a concluir que lo que en el psicoanálisis hay de

81. S. RACHMAN, o. c., pp. 160-162.

82. Cf. L. S. KUBIE, *Pavlov, Freud and Soviet psychiatry*, en I. G. SARASON (ed.), *Psychoanalysis and the study of behaviour*. Van Nostrand, New York 1965, pp. 24-35.

verdad no le pertenece, mientras que lo que es propio del psicoanálisis no se vería confirmado de ningún modo y habría de abandonarse por erróneo⁸³. Si bien el apasionamiento en la arremetida contra el psicoanálisis pueda alcanzar una alta dosis en esta postura de Eysenck, no obstante la observación es muy digna de tenerse en cuenta, porque, en la pretensión de originalidad de Freud y de los psicoanalistas en general, dejan demasiado a menudo de reconocerse los tributos debidos a la sabiduría del pasado o las verdades simplemente comunes al acervo cultural.

IV. REVISION DEL PSICOANALISIS DESDE LA ANTROPOLOGIA

Ya aludimos a cómo Freud buscaba apoyo a las ideas de sus especulaciones en el paralelismo o continuidad con leyes físico-químicas o biológicas. De hecho, los principios teóricos del psicoanálisis están condicionados por el contexto cultural en que surgieron, y mantienen vinculaciones estrechas con ciertas ideas corrientes a finales del siglo pasado, en especial en la línea del evolucionismo lamarkiano. En efecto, piénsese en que, como hace notar L. S. Kubie⁸⁴, tanto Freud como Paulov acceden a los problemas psicológicos desde una base biogénica. De este modo, se comprende que sea una tendencia definida de Freud el buscar una base biológica a sus especulaciones sobre el psiquismo. Y cuando el psicoanálisis se extiende a ser una interpretación de los fenómenos culturales, pretende encontrar su apoyo en las teorías antropológicas de la época. De hecho, el psicoanálisis se va a convertir, por este camino, en una interpretación con pretensiones de universalidad sobre la realidad humana. Establece un modelo antropológico en el que contarán decisivamente ciertas concepciones biológico-antropológicas que estaban en el ambiente. En particular, cierta idea evolutiva de la realidad humana en la doble línea de la filogénesis y la ontogénesis, constituirá un eje primordial del modelo antropológico sobre el que trabajó Freud.

Ahora bien, por lo que se refiere a esa apoyatura biológica y antropológica de la construcción psicoanalítica, no han sido parcas las críticas, generalmente muy negativas. Con brevedad, anotaré las reservas más generales y unánimes a las especulaciones freudianas des-

83. H. J. EYSENCK, *The experimental study of Freudian concepts*, 1. c., pp. 265-66.

84. Cf. L. S. KUBIE, *Pavlov, Freud and Soviet psychiatry*, 1. c., p. 27.

de este terreno. Por lo que se refiere a los esquemas antropológicos que Freud asumió, aludiré sólo a unas cuantas acotaciones hechas en vida del propio Freud por el autorizado antropólogo B. Malinowski, en razón de que él mismo tiene en cuenta los planteamientos psicoanalíticos.

En general, los críticos, desde esta perspectiva, sostienen que Freud hizo una aplicación ilegítima de leyes físicas y biológicas al desarrollo de la personalidad humana, o bien asumió una serie de principios o pretendidas leyes que luego, en su propio terreno, se manifestaron inconsistentes o falsas⁸⁵. A algunos casos ya hicimos referencia. Piénsese además en el principio de homeostasis, tan fundamental en la teoría del funcionamiento psíquico de Freud, que, sin embargo, no se realiza ni siquiera en biología. En efecto, de esta ley de la homeostasis sería una versión bastante cercana el principio de la constancia de la excitación psíquica, en el que hay que ver uno de los fundamentos de la concepción freudiana.

Pero el postulado biológico al que Freud acude con más frecuencia, y del que hace notables deducciones, es el principio lamarkiano sobre la transmisión hereditaria de caracteres adquiridos. Así, por ejemplo, lo usará para apoyar su teoría acerca de la transmisión hereditaria del sentimiento de culpabilidad a partir del parricidio primigenio. Que aquí se encuentre un verdadero pilar de toda la construcción teórica de Freud, según hace constar Ch. Rycroft⁸⁶, no es discutible. Ahora bien, es cosa evidente que tales ideas han sido descartadas, sin lugar a dudas, por la posterior ciencia biológica y antro-

85. Una denuncia genérica de la excesiva vinculación del psicoanálisis respecto a la biología de su tiempo la hace la crítica nada rigurosa de E. PUMPIAN-MINDLIN, *La posición del psicoanálisis*, en *El psicoanálisis como ciencia*. Véase también la observación de Rapaport, cuando subraya la dependencia de Freud respecto a Helmholtz, de la que derivaría el determinismo psíquico que va a caracterizarle. Influencia también visible en el principio del placer y el dolor, sobre el modelo de la ley de la entropía, y en el «principio económico», sobre la idea de la conservación de la energía (cf. D. RAPAPORT, o. c., p. 15). Por su parte, la postura favorable, y casi apologética, de D. Lagache habría hallado una fórmula ideal al decir que el psicoanálisis ha de comprenderse como una especie de dialéctica entre el biologismo y el culturalismo (cf. D. LAGACHE, *La psychoanalyse*. P.U.F., Paris 1967⁸, p. 77). Si bien pueda ser justificada esta apreciación por referencia al psicoanálisis, en sentido lato, en sus diversos autores, no creo que sea aplicable al psicoanálisis de Freud y de sus seguidores ortodoxos. Para este caso, la tensión dialéctica habría cedido más bien a favor del biologismo.

86. Ch. RYCROFT, *A critical dictionary of psychoanalysis*. Nelson, London 1968, pp. 82, 107, 123.

pológica. Una exposición, no sospechosa de prejuicio contra Freud, de la no sostenibilidad científica de esa manera de ver puede hallarse en su biógrafo Jones⁸⁷. Demostrada la falsedad de esas hipótesis de Lamarck, entonces carecería de consistencia el modo concreto de explicar Freud las raíces filogenéticas de la formación de los conflictos en los individuos. En estrecha conexión con este principio de las ideas biológicas de Freud está también el principio de Hackel, según el cual la ontogénesis reproduciría la filogénesis.

En general, a este respecto podrá considerarse como una aportación positiva la versión culturalista del psicoanálisis, en la línea de K. Horney y E. Fromm sobre todo. Al insistir en los factores sociales, corregirá la preponderancia otorgada por Freud a los determinantes filogenéticos en el desarrollo de la personalidad individual. Porque es cierto que Freud y el psicoanálisis ortodoxo subestimaron seriamente los condicionamientos culturales, al igual que olvidaron del todo los factores económicos y políticos en su concepción del hombre.

En conjunto, los modelos antropológicos y los métodos en que se inspiró Freud, y sobre los que construyó gran parte de sus teorías, han quedado totalmente descalificados desde el propio terreno de la antropología. Tal es el caso de Frazer y Roberston Smith⁸⁸. E. Jones considera superfluo dar cuenta de las múltiples refutaciones a que dieron lugar las hipótesis antropológicas de Freud⁸⁹. No entramos tampoco nosotros en la tarea. Sólo voy a anotar alguna de las réplicas concretas de Malinowski al concepto freudiano fundamental del complejo de Edipo.

En su obra *La sexualidad y su represión en la sociedad primitiva*, trata Malinowski de dar una respuesta, desde el punto de vista de la antropología, a las teorizaciones de Freud en *Totem y Tabú*. El tema central del complejo de Edipo y de los orígenes del mismo es, de consiguiente, la cuestión esencial que Malinowski va a analizar. Comienza por advertir el apriorismo, carente de fundamento, con que Freud hace extensivas, hasta darles una validez universal, las deducciones que pudo hacer a partir de una sociedad concreta de tipo patriarcal. Es cierto —acepta Malinowski— que el complejo de Edipo, tal como Freud lo describe, es constatado por los psicoanalistas des-

87. Cf. E. JONES, o. c., T. III, pp. 333-338.

88. Cf. C. K. KLUCKHON, *The impact of Freud on Anthropology*, en I. J. SARASON (ed.), *Psychoanalysis and the study of behaviour*, p. 89.

89. Cf. E. JONES, o. c., T. III, pp. 355-357.

de nuestra sociedad patriarcal moderna⁹⁰. Pero eso no legitima en modo alguno el extenderlo a otro tipo de organizaciones sociales, actuales o de tiempos pasados, hasta darle un alcance y validez universal⁹¹. Esté sería un caso más, pero el más importante, de la falta de rigor con que suele proceder Freud a conclusiones de alcance universal desde una muestra muy reducida y desde los individuos a los fenómenos generalmente humanos.

En efecto, dirá Malinowski, existen hoy y quizás se han dado de forma casi universal, otros tipos de sociedades en las que la organización familiar sigue un esquema matrilineal, inverso al de la familia patriarcal del Occidente. En su obra analiza precisamente un tipo de estas organizaciones familiares: los habitantes de las Islas Trobriand; y, a través de una observación directa, llega a la conclusión de que no se da entre ellos nada parecido al complejo de Edipo propuesto por Freud como característica humana universal. En la familia trobriandesa el lugar del padre lo ocupa el tío materno, mientras que la madre estaría sustituida por la hermana. Según Malinowski, también dentro de esta organización se da un complejo *nuclear*, correspondiente al complejo de Edipo, pero con las variantes implicadas en esa diversa estructura de la familia. En consecuencia, el complejo de Edipo, tal como es definido por Freud, no es universal. En concreto, depende de las distintas modalidades de la vida social y de la moral sexual⁹². Esta última indicación va a contener el más importante correctivo a las ideas de Freud, por respecto a la primordialidad o no de dicho complejo familiar.

En efecto, para el psicoanálisis el complejo de Edipo aparece como la «fons et origo» de todas las cosas. Tiene el carácter de un inicio absoluto, del que derivarían la totalidad de los elementos que integran la civilización. Por el contrario, para el antropólogo, en ese complejo familiar nuclear, no aparece sino una formación funcional, en dependencia de la estructura y de la cultura de una sociedad dada⁹³. La situación de ambivalencia y de tensiones en que se encuentra todo individuo, por respecto a su propia familia, que constituirá

90. B. MALINOWSKI, *La sexualité et sa répression dans les sociétés primitives*. Payot, Paris 1971, p. 142.

91. Cf. *ib.*, p. 16. Este serio error, que Malinowski reprocha a Freud, ha sido denunciado con frecuencia, y puesto en conexión con lo que acabamos de decir acerca del descuido por parte de Freud de los factores socio-culturales (cf. por ejemplo, A. ELLIS, l. c., pp. 109-110).

92. Cf. *ib.*, pp. 73-75.

93. Cf. *ib.*, pp. 122-123.

ese complejo nuclear, no es algo primordial, sino derivado de los condicionamientos sociales, y en consecuencia variable, como distintos son los contenidos sociales.

Si se supone, como lo hace Freud, que el complejo de Edipo es la expresión de un conflicto instintivo, previo a toda forma cultural y punto de arranque precisamente de los distintos elementos de la civilización, se cae en una especie de círculo vicioso, completamente insostenible. Ese conflicto tenía que haber surgido en una situación precultural, y por tanto de dominio exclusivo de los instintos. Es decir, en una situación de naturaleza y no de cultura; al nivel de una condición prehumana o animal, ya que el hombre sólo va surgiendo a medida que la «natura» va siendo sustituida por la «cultura». Pero, según es obvio para cualquier etnólogo, la posibilidad de conflicto propiamente tal está del todo excluida a ese nivel de los instintos del animal: «Mientras que está bajo el dominio de un instinto nuevo, el animal está sustraído al influjo del instinto precedente. Remordimientos, conflicto mental, emoción ambivalente, son otras tantas reacciones culturales, es decir, humanas, y no animales»⁹⁴. El pretendido conflicto primordial, por lo tanto, sólo podría darse en una base posterior, ya cultural. Los elementos de la cultura no tendrían su origen en él, sino que, por el contrario, ese conflicto estaría motivado por ciertos elementos del desarrollo cultural.

Analizando las características del «parricidio primigenio», al que Freud vincula el complejo de Edipo individual, del que hace derivar los elementos culturales, Malinowski pone de relieve con absoluta claridad sus contrasentidos: «Freud carga a la familia ciclópea de un gran número de tendencias, de costumbres y de actitudes mentales que serían sencillamente fatales para cualquier especie animal... Es fácil ver cómo, después de haber dotado a la horda primitiva de todos los defectos, todas las ambigüedades y todas las inadaptaciones que caracterizan a una familia europea de clase media, Freud la lanza a la jungla prehistórica, donde la deja desencadenar sus pasiones, conforme a una hipótesis muy atractiva, es cierto, pero completamente fantástica... El crimen totémico fue seguido de remordimientos... lo que implica que los hijos parricidas estaban dotados de conciencia. Ahora bien, la conciencia es el producto de la civilización»⁹⁵. Por otra parte, ya que aún no existiría ningún vehículo cultural para

94. *Ib.*, p. 137.

95. *Ib.*, p. 139.

conservar y transmitir las consecuencias del crimen primigenio, sólo queda el recurso a la hipótesis del alma colectiva, a que Freud se acoge, pero que evidentemente hay que descartar⁹⁶.

Concluirá Malinowski: es por completo insostenible la hipótesis de Freud, que sitúa en la primera realización del conflicto edípico, en el parricidio primigenio, el nacimiento de la cultura. En ese estado precultural no habría lugar alguno para el conflicto ni para el crimen en que se concreta. Por consiguiente, cuando de ahí quiera hacer derivar elementos de la civilización, tales como la moral y la religión, está siendo víctima de una flagrante «petitio principii». El origen edípico de la cultura se derrumba por su base, ya que no ha podido darse, antes de que ésta existiera, el crimen conflictivo, del que sería un reflejo el universal complejo de Edipo⁹⁷.

El complejo de Edipo no parte de una fuente biológica original; es un subproducto de la cultura, y revestirá las formas distintas que le vengán impuestas por las modalidades del desarrollo cultural. Las tensiones conflictuales diversas, que surjan con las estructuras familiares y sociales, darán lugar a diferentes contenidos del complejo familiar nuclear. No será «una fuerza creativa, sino un síntoma de inadaptación»⁹⁸.

Un punto, pues, capital del psicoanálisis queda puesto en tela de juicio por la antropología, que desmintiría las características de universalidad y de contenido uniforme del complejo de Edipo. Lo sitúa, además, en las diversas modalidades que adquiriera, no como el punto de partida de los factores culturales, sino como un tributo que implica la renuncia a los instintos, para el paso a la civilización: producido por las estructuras sociales en que ésta se concreta.

V. EN BUSCA DEL ESTATUTO EPISTEMOLOGICO PROPIO DEL PSICOANALISIS

Parece, pues, que el psicoanálisis queda descartado en cuanto pretende presentarse como una ciencia. Y esto tanto a partir de las exigencias metodológicas de la psicología experimental, como por la in-

96. Cf. *ib.*, p. 133. Podría resolverse la dificultad aceptando, como lo hará el propio Freud, que el «parricidio totémico» no es más que una «novela histórica», como símbolo mítico de lo que ocurre al nivel psíquico. La lógica exigiría entonces renunciar, sin más, a la idea del complejo de Edipo, que en cada individuo sería una reproducción de lo ocurrido a nivel filogenético.

97. Cf. *ib.*, pp. 134-135.

98. *Ib.*, p. 228.

validación de sus apoyos en la biología y la antropología. En este supuesto, el problema está en saber cómo se sigue justificando —si es que es posible— el mantenimiento del psicoanálisis como un conjunto de enseñanzas que merezcan que nos ocupemos de ellas. Si no posee la condición de una ciencia positiva, ¿tiene, sin embargo, un estatus epistemológico que legitime sus pretensiones de ser escuchado? Esta es la cuestión a la que hay que responder si se desea sostener que el psicoanálisis podría aportar algún conocimiento válido sobre los distintos aspectos de la realidad humana. Ello es igualmente necesario para determinar los límites dentro de los cuales quepa asignar alguna significación a las aportaciones del psicoanálisis.

No obstante, lo primero que ha de dejarse en claro es que la aceptación de que el psicoanálisis no tiene validez científica está lejos de ser unánime, sobre todo entre quienes actualmente siguen cultivando sus técnicas y se inspiran en sus teorías. Por limitarme, con un criterio de sobriedad, a una mínima muestra de este hecho, voy a referirme en particular a un parecer autorizado entre nosotros, como es el del Dr. Rof Carballo. Sólo haré alguna alusión a similares puntos de vista por parte de otros autores.

En su obra *Biología y psicoanálisis*⁹⁹ el neurólogo J. Rof Carballo suscita, una vez más, la cuestión acerca de si puede o no considerarse al psicoanálisis como una ciencia, con las mismas garantías que puedan poseer las demás ciencias reconocidas hoy día. Su respuesta no puede ser más contundente y reiterada: el psicoanálisis es una ciencia. Desde su punto de vista de médico psico-somático, no habría ninguna duda. Cuando se refiere por primera vez al asunto¹⁰⁰, alude a la crítica sobre el carácter científico del psicoanálisis realizada por E. Nagel (1958), a la que ya nosotros aludimos anteriormente. La califica de «ingenua trampa», y señala como medio para evadirse de ella la consabida necesidad del análisis didáctico, para tener un conocimiento verdadero —y la consiguiente capacidad de juzgar— del psicoanálisis. Esta crítica, según Rof Carballo, olvidaría las dos columnas del psicoanálisis: la transferencia y la contratransferencia. «Pero aún aparte de este supino error, no es en forma alguna exacto que el psicoanálisis no sea una ciencia de observación»¹⁰¹. En prueba de ello, afirma que el psicoanálisis «saca a la superficie gigantescas par-

99. J. ROF CARBALLO, *Biología y psicoanálisis*. Desclée, Bilbao 1972.

100. Cf. *ib.*, pp. 54-59.

101. *Ib.*, p. 55.

celas de una realidad que hasta entonces estaba sumergida» (ib.). Afirmación cuya prueba, en realidad, yo no acierto a hallar en las líneas que la siguen, ni en lugar alguno.

Añade que «existe además un innegable carácter predictivo, no ya en el psicoanálisis sino en las ciencias de él derivadas, como la medicina psico-somática»¹⁰². En prueba de ello, cita dos experimentos pertenecientes a este campo de la medicina psicosomática. Experimentos sobre los que tenemos que decir, sin más, que no atañen a nuestra cuestión: no demostrarían que *el psicoanálisis* es predictivo. Por lo demás, él mismo nos ahorra la cuestión: «No es cierto... que este carácter predictivo sea... condición indispensable para considerar una disciplina como científica» (pp. 57-8). Aun cuando no parezca demasiado coherente con este convencimiento la preocupación que en los párrafos siguientes muestra por afirmar la posibilidad predictiva del psicoanálisis. Falta de lógica que se verá confirmada cuando, en otro lugar (pp. 178-79), vuelva a insistir en la predicción como prueba del carácter científico del psicoanálisis: «Cuando se quiere discutir el carácter científico del psicoanálisis, se olvida que éste puede hoy alardear, a varios lustros de distancia, de lo que es condición más preciada por la ciencia: *la predicción*»¹⁰³. Desde luego, sin ofrecer, por lo demás, prueba alguna de esta afirmación.

Naturalmente el Dr. Rof Carballo no está solo en su defensa del carácter científico del psicoanálisis. En el año 1976 se publicaba la obra ya citada de M. Kolteniuk, precisamente bajo ese título. A ella remito para el conocimiento de estos modos de ver. Pero quizá el intento más serio de justificar el estatuto científico del psicoanálisis sea el que camina en la dirección señalada por D. Rapaport. Partiendo de reconocer que, tal como se presenta, el psicoanálisis no puede pretender ser reconocido como una ciencia empírica, aboga por una reformulación del mismo, que pueda adecuarse a los cánones del co-

102. Ib., p. 56. A este propósito, considero digna de mención la postura diametralmente opuesta, de la medicina psicosomática soviética, cuya actitud frente a los postulados psicoanalíticos vendría bien expresada en las siguientes palabras de F. Bassin: «El enfoque metodológicamente adecuado del problema de los factores psicológicos de la enfermedad resulta ser, en un análisis más detallado, una antítesis original de la exposición psicoanalítica, un conjunto de concepciones que, o bien rechazan lo que afirma el psicoanálisis, o bien, por el contrario, fundamentan lo que la teoría del psicoanálisis rechazó, o bien, por último, subrayan los elementos que esta teoría pasó por alto» (F. BASSIN, *Qué pensamos acerca del psicoanálisis*, p. 44).

103. ROF CARBALLO, o. c., p. 178; cf. p. 379.

nocimiento científico. Rapaport cree que ello es posible y un intento para lograrlo lo constituiría su obra *La estructura de la teoría psicoanalítica*.

Ahora bien, si quiere llegar a algún resultado favorable al reconocimiento científico del psicoanálisis, es a base de cambiar el mismo concepto de ciencia y las características del método científico. Es la salida bastante frecuente: es cuestión de ponerse previamente de acuerdo sobre lo que significa «ciencia», y si se superan unos límites, que han sido impuestos por el neopositivismo científico, y que se consideran demasiado estrechos, entonces hallaría cabida la disciplina psicoanalítica bajo la denominación de ciencia. En cuanto al método, no tendría que atenerse a los rigores de la cuantificación y sería válida la observación clínica. Es la respuesta que se halla con frecuencia, y a la que voy a referirme ahora.

En primer lugar, éste parece ser el modo de enjuiciar su situación los propios psicoanalistas. Ya hemos aludido al parecer de M. Klein. En la misma línea entrarían los razonamientos de otro cualificado psicoanalista, O. Fenichel: «La aplicación de los principios generales de la ciencia natural al campo especial de la psicología presupone, naturalmente, la creación de nuevos *métodos* de investigación, que sean apropiados al tema de estudio. Las tentativas de mantener la esfera de lo psíquico al margen del pensamiento causal y cuantitativo atentan contra la comprensión verdadera del tema, y lo mismo ocurre con el capítulo de pseudo-exactitud que cree necesario trasportar los métodos biológicos de experimentación y protocolo científico a un campo en que tales métodos no corresponden»¹⁰⁴.

De modo similar, Rapaport renuncia, según ya vimos, a solicitar para el psicoanálisis la condición predictiva, que se exige para otras ciencias; el psicoanálisis más bien es postdictivo. No le incumbe la predicción a causa del material de que se ocupa, ya que esto implicaría el determinismo psicológico estricto, cosa que está lejos de estar bien asentada, ni siquiera en el psicoanálisis freudiano. En cambio, el método propio, postulado por el contenido específico, será la postdicción, y «el hecho de ser postdictiva no invalida una teoría, si se distingue cuidadosamente la postdicción de la explicación *ex post facto*»¹⁰⁵. En razón de esa misma peculiaridad de la materia sobre

104. O. FENICHEL, *The psychoanalytic theory of neurosis*, p. 7.

105. D. RAPAPORT, *La estructura de la teoría psicoanalítica*. Paidós, B. Aires 1971³, p. 20. Quizá sea de interés advertir aquí la disparidad de criterio en cuanto a la capacidad predictiva como característica de una ciencia, entre

la que trabaja, las pruebas que pudieran aportarse al psicoanálisis serían débiles en referencia a los criterios usuales de las pruebas en otras ciencias. Ni los experimentos pueden ser concluyentes, ya que no tienen en cuenta los postulados de la teoría, ni lo serán los amplios testimonios clínicos, congruentes con la teoría, porque falta un canon fijo para la interpretación de las observaciones clínicas¹⁰⁶.

La salida estará, entonces, en reconocer un estatuto científico nuevo para el psicoanálisis, que incluya las modificaciones metodológicas necesarias. En esta dirección apuntan sus requisitorias contra el método científico, al que se acusa de esterilidad en orden al descubrimiento de nuevos ámbitos del saber¹⁰⁷.

En definitiva, aunque quizás simplificando demasiado, de lo que se trataría es de hacer cambiar la significación de lo que es la «ciencia», para dar así cabida dentro de sus límites al psicoanálisis. En su *Critical dictionary of psychoanalysis*, Ch. Rycroft señalaba este artificio sin ambages: La proposición «el psicoanálisis es una ciencia» puede hacerse verdadera o falsa eligiendo la apropiada definición de ciencia. Si la ciencia se define como el conocimiento derivado del experimento y la cuantificación, obviamente el psicoanálisis no es una ciencia. Si se la define como un tipo de conocimiento sistemático y formulado de manera que se establezcan relaciones causales entre los diversos fenómenos, entonces el psicoanálisis es una ciencia. En este caso, la cuestión estará en decidir a qué género de «ciencias», si a las naturales, biológicas o morales, se haya de reducir el psicoanálisis¹⁰⁸.

En realidad, ésta es la postura de los críticos que pueden considerarse más moderados, y que estarían bien representados por E. Pumphian-Mindlin: «Si reducimos nuestro concepto de ciencia a aquellos campos en los cuales somos capaces de ejercer un control suficiente sobre el material, para poder elucidar los factores singulares que afectan al objeto de su experimentación, entonces debemos excluir al psi-

Rapaport, por una parte, y Eysenck por otra. En su último escrito sobre el asunto, Eysenck, una vez más, reitera su convencimiento de que por esa falta de poder predictivo, el psicoanálisis carece de validez científica (cf. H. J. EYSENCK and G. D. WILSON, o. c., p. 380). Tampoco estará de más llamar la atención acerca del nexo necesario entre las posibilidades de predicción y el determinismo psíquico que ello implicaría, a que alude Rapaport. Creo que es ésta una cuestión digna de ser meditada con cuidado, en las implicaciones y quizá contrasentidos que pudiera suponer la pretensión de construir una «ciencia» rigurosamente tal del ser y de la conducta humana.

106. Cf. ib., p. 139.

107. Cf. ib., pp. 174-177.

108. Cf. Ch. RYCROFT, *A critical dictionary of psychoanalysis*, pp. 147-177.

coanálisis del campo científico. Sin embargo, si estamos de acuerdo en conceder cierta estatura científica a un campo que solamente puede manejar su material en función de variables múltiples, entonces podemos conceder al psicoanálisis un lugar dentro de este grupo»¹⁰⁹. Si ahora tenemos en cuenta, por una parte, cuál es el significado común hoy de «ciencia» y, de otra, atendemos a las razones que avalan el empeño por retener para el psicoanálisis el calificativo de científico, parece que debemos desembocar, como en la única actitud lógica, en el reconocimiento, sin discusión, de que *el psicoanálisis no es una ciencia experimental*.

En efecto, hablar hoy de si un conocimiento es ciencia o no lo es, resulta imposible o ininteligible fuera del contexto semántico del positivismo. El positivismo científico ha impuesto un determinado concepto de ciencia y ha establecido unos módulos mentales para su inteligencia, que es imprescindible tener en cuenta. Otra cosa sería moverse en universos significativos tan dispares que harían imposible cualquier comunicación entre los interlocutores sobre el asunto.

Pero, además y sobre todo, resultará clarificadora una reflexión acerca del sentido que tiene el empeño de presentarse como una ciencia, que hemos reconocido desde el principio en el psicoanálisis. En efecto, hay un factor de singular peso en tal pretensión del carácter científico. A saber: el conservar para el psicoanálisis el prestigio y la «cotización» propia de la ciencia. Ahora bien, según advierte Hempel, «el alto prestigio de que la ciencia goza hoy ha de atribuirse en gran medida a sus resonantes éxitos y al alcance cada vez mayor de sus aplicaciones»¹¹⁰. Pero esto ocurrirá a condición de que no renuncie a ninguna de las características metodológicas que le son propias, y entre ellas, de modo singular, la capacidad predictiva en sentido estricto. En otro caso, el empeño por conservar la etiqueta de científico resulta del todo fallido en su intento.

Esta es la razón del «prestigio» que en nuestra cultura posee todo lo que se presenta como ciencia, frente a la correlativa descalificación de todo conocimiento que no pueda justificar su condición científica. Ahora bien, si esto es un hecho, justificado o no, lo es precisamente en función de las características del «modus operandi» propio de la ciencia en su sentido más estricto, más positivista, si se quiere.

109. E. PUMPIAN-MINDLIN, *La posición del psicoanálisis*, en *El psicoanálisis como ciencia*, p. 242.

110. C. G. HEMPEL, *Filosofía de la ciencia natural*, p. 14.

El rigor metodológico, que se traduce en capacidad predictiva, es, entre otras razones más complejas, lo que reviste del halo de prestigio, de alta cotización, a la ciencia. Por ejemplo, por cuanto puede prolongarse en una fecundidad técnica, y resultar así «útil». Ahora bien, desde el instante en que a un conocimiento se le libera de esas exigencias metodológicas rigurosas, como ocurre en el caso de la ampliación del concepto de ciencia, se desfonda también toda la capacidad de «eficacia», y por tanto se desvanece la alta estima de lo científico. En consecuencia, ni siquiera tenía este «interés» el empeñarse en seguir calificando de ciencia a aquellos saberes que, para lograrlo, necesitan renunciar a lo que fundamenta la gran aceptación de lo «científico».

Parecería, pues, más coherente renunciar a encasillar, a toda costa, al psicoanálisis dentro de las categorías del positivismo científico, y tratar más bien de establecer sus propias coordenadas epistemológicas. Es lo que vamos a intentar fijar en las páginas restantes.

La primera aproximación que parece obvio realizar es la que sugiere su método de observación clínica: el psicoanálisis caería dentro del campo de la medicina clínica. No hay para qué extenderse en la comprobación de este aserto; el mismo desarrollo externo de las disciplinas y técnicas psicoanalíticas las ha vinculado lo suficiente con este sector de la medicina, como para que sea superfluo justificar la aproximación. La técnica psicoanalítica, por otra parte, se presenta como un procedimiento terapéutico. El método de observación clínica es el medio por el que el psicoanalista alcanza sus datos. Bajo este aspecto, se halla en igualdad de condiciones con los otros ámbitos de la medicina clínica, por relación a las exigencias de la metodología científica. Tampoco en la práctica clínica pueden controlarse la totalidad de las variables, y debe así renunciar a la exactitud en la cuantificación, hasta el punto de que, como se ha dicho tradicionalmente, la medicina clínica sería tanto una ciencia como un arte; es decir, no puede pretender un carácter plenamente científico. Le cuadra, por consiguiente, al psicoanálisis la caracterización que le da el aproximarlos a este ámbito de la medicina. Ahora bien, no deja de surgir precisamente ahí un argumento contra sus pretensiones de exactitud científica, ya que los distintos sistemas de interpretación o escuelas de psicoanálisis pretenden hallar igualmente probadas sus hipótesis y teorías en la abundancia de pruebas clínicas, que no faltan para las proposiciones más encontradas.

En consecuencia, al buscar el estatuto epistemológico propio del psicoanálisis, oscilan los diversos autores entre acercarlo o bien a las disciplinas médico-biológicas, o bien al campo de las «ciencias humanas», en particular de las ciencias sociales. Pueden ser discutibles todas las razones para querer emparentarlo de manera más absoluta a uno u otro sector; pero lo que parece desprenderse con claridad es que tiene ciertas afinidades con ambos tipos de saber. Rycroft, por ejemplo, opina que el psicoanálisis constituiría un saber intermedio, a caballo entre las ciencias biológicas y las humanidades¹¹¹. Th. S. Szasz¹¹² piensa que más bien habrá de catalogarse como una ciencia moral. Por último, y para no alargar sin motivo la referencia a los variados pareceres sobre el nivel cognoscitivo propio del psicoanálisis, transcribiré el párrafo con que Pmpian-Mindlin termina su estudio, matizando su juicio acerca del puesto que al psicoanálisis le corresponde en el conjunto de los conocimientos humanos: «He tratado de presentar aquí un enfoque metodológico de este problema, tratando de demostrar que el psicoanálisis ocupa una posición entre las ciencias biológicas —que son objetivas en lo que se refiere a sus objetos de investigación— y las ciencias sociales —que deben incluir elementos subjetivos en su actividad... No se le puede juzgar con el criterio de las ciencias físicas y biológicas solamente, porque está basado en el principio de los determinantes múltiples, que comparte con todos aquellos campos científicos cuyos objetos tienen un nivel más elevado de complejidad (ciencias sociales). No puede ejercer el grado de control sobre sus observaciones que se requiere en las ciencias exactas, porque el objeto de su trabajo se encuentra a un nivel de integración distinto al de esas ciencias. El psicoanálisis debe contentarse en el estado actual de su desarrollo, con el establecimiento de lo que parece ser significativo, pero no excluyente, o sea, con las correlaciones más bien que con las relaciones causales específicas»¹¹³.

En resumen, y como impresión inevitable, parece que el psicoanálisis, desbancado de su pretensión de ser una ciencia experimental más, tiene que resignarse a carecer de un estatuto epistemológico definido: su situación es ambigua, y mientras se mantenga así se halla expuesto a los ataques desde los dos flancos. En cualquier caso, me parece que

111. Cf. Ch. RYCROFT, *Psychoanalysis observed*. Penguin, Harmondsworth 1968, pp. 7-21.

112. Cf. Th. S. SZASZ, *La ética del psicoanálisis*. Gredos, Madrid 1971.

113. E. PUMPIAN-MINDLIN, *La posición del psicoanálisis*, en l. c., pp. 247-248.

rante temple filosófico que, en la correspondencia con su amigo Wilhelm Fliess, Freud reconocía en sí: «Abrigo secretamente la esperanza de alcanzar, por la misma vía (rodeo a través de la medicina), mi objetivo original, la filosofía. Tal fue, en efecto, mi ambición primera cuando todavía no había llegado a comprender para qué me encontraba en el mundo... En mi juventud no conocí más anhelo que el del saber filosófico, anhelo que estoy a punto de realizar ahora cuando me dispongo a pasar de la medicina a la psicología»¹¹⁷.

Sea de esto lo que se quiera y reconociendo las contradictorias declaraciones de Freud sobre el particular¹¹⁸, nosotros no vamos a empeñarnos en concluir que el psicoanálisis es filosofía a su pesar. Simplemente insistimos en que su estatuto epistemológico ha de situarse al nivel de una *Geisteswissenschaft*, es decir, un tipo de disciplina intuitiva y humanística, que no pretende explicar la conducta conforme a leyes generales rigurosas, sino que sólo tiende a *comprender* al individuo y a la cultura, a través de intuiciones que develarían las motivaciones de esa conducta. Se convierte, en definitiva, en una *interpretación*. Por ello, el mismo título de la obra de P. Ricoeur nos parece la más acertada definición: una interpretación de la cultura. En cuanto tal intento de interpretación, de búsqueda del sentido, y en definitiva de comprensión de las distintas dimensiones humanas, se perfila un propósito característico del psicoanálisis.

Ahora cabría formular algunos interrogantes, del tenor siguiente: ¿aclara algo nuestra comprensión de la realidad humana? ¿Posee alguna legitimidad como esfuerzo del hombre por comprenderse a sí mismo? En principio, creo que se trata de un intento tan legítimo como cualquier otro esfuerzo de autocomprensión del hombre; pero siempre que se sitúe al mismo nivel epistemológico que esos otros variados esfuerzos mentales por penetrar en sí mismo, por *reflexionar*, de que el hombre ha sido capaz y a las que se ha entregado legítimamente. Llámese a esto filosofía o no, acéptese esta cualificación o considérese que rebaja las propias pretensiones, me parece cosa secundaria.

En definitiva, esto equivale a reconocer como válida la cualificación que del psicoanálisis hacía Eysenck al situarlo dentro del ámbito

117. S. FREUD, cartas a Fliess del 1-1-96 y del 2-4-96, en *Los orígenes del psicoanálisis*. O. C., II, pp. 712-730. Estos pasajes de las cartas aludidas no figuran en la edición de *Extracts from the Fliess papers*, que se incluyen en la St. Ed.

118. Cf. E. JONES, o. c., T. III, p. 359.

de lo que él llama «psicología del sentido común», frente al de la «psicología científica». Es decir, aquel tipo de conocimiento del hombre, que pretende —y en mayor o menor medida logra— conocer y comprender las reacciones humanas, captar el modo de ser de un individuo, frente a aquella otra «ciencia psicológica» que mide y cuantifica con exactitud ciertos modelos de conducta para establecer luego leyes de validez general ¹¹⁹.

Sería tan legítima esta «psicología profunda» como pueden serlo las tradicionales «psicologías del sentido común». Sólo que quizás haya avanzado —o profundizado— un poco más en el conocimiento de su objeto, del sujeto humano. Estas psicologías del sentido común *observan* ciertos modos de comportamiento y, a partir de los datos así obtenidos, datos quizá muy superficiales e incompletos, *interpretan* el comportamiento y tratan de comprender a la persona. De igual modo el psicoanálisis observa también, y de su observación (clínica) extrae sus datos, para *interpretar* luego desde ellos. Sólo que el psicoanálisis posee recursos para observar otros factores que se escapan por completo al observador «común», y así lee o interpreta a mayor hondura lo que la psicología común sólo hace a nivel superficial.

Exactamente era eso, si no me engaño, lo que podía querer decir Freud cuando, en *Las resistencias contra el psicoanálisis*, advertía que la diferencia del filósofo respecto al psicoanalista residía en la pobreza de la observación de aquél por comparación a éste: el filósofo «ignora el material cuyo estudio impuso al analista la convicción de los actos psíquicos inconscientes. No ha considerado el hipnotismo; no se esforzó en la interpretación de los sueños; apenas sospecha que existen cosas como las ideas obsesivas y delirantes... El filósofo, que no conoce otra forma de observación más que la de sí mismo, no puede seguir al analista por este camino» ¹²⁰.

119. Cf. H. J. EYSENCK, *Usos y abusos de la psicología*, pp. 268-273.

120. S. FREUD, *The resistances to psychoanalysis*. St. Ed., XIX, p. 217. Téngase en cuenta, de pasada, la consecuencia que, en este lugar, saca Freud respecto a la situación desfavorable en que el psicoanálisis se encuentra por respecto tanto a la medicina como a la filosofía: «Así, el psicoanálisis sólo saca desventajas de su posición intermedia entre la medicina y la filosofía. El médico lo considera como un sistema especulativo y se niega a creer que, como cualquier otra ciencia de la naturaleza, se base en una paciente y afanosa elaboración de hechos procedentes del mundo perceptivo; el filósofo, que lo mide con la vara de sus propios sistemas artificialmente edificados, considera que parte de premisas inaceptables y le achaca el que sus conceptos más generales —aún en pleno desarrollo— carezcan de claridad y precisión» (ib.).

Esta mayor amplitud del campo de observación del psicoanalista será lo que distinga al psicoanálisis de esa psicología del sentido común, forma rudimentaria de reflexión filosófica. Pero el procedimiento es el mismo: un método de observación más refinado, más penetrante y que alcanza a un sector más amplio y profundo de la realidad humana, y después un esfuerzo de interpretación que se articula en una construcción teórica y sistemática. Esta es la aportación nueva del psicoanálisis, es el motivo de que tal vez haya hecho avanzar el conocimiento de la realidad humana, conforme a la esperanza del propio Freud. También es lo que explica su permanencia, porque, de hecho, no ha sido sustituido ventajosamente. En efecto, no estoy de acuerdo en absoluto, a este respecto, con el motivo de permanencia del psicoanálisis que señalaba Eysenck cuando simplifica en exceso las cosas y dice que el psicoanálisis ha sobrevivido a las críticas científicas y filosóficas sólo por inercia y en razón de los intereses creados en torno suyo¹²¹. Aceptaría, en cambio, como expresión de la razón justa de este hecho la frase de Conant, citada en ese mismo lugar por Eysenck, que dice que «una teoría no científica nunca ha sido destruida por las críticas dirigidas contra sus inadecuaciones; lo que se requiere es una teoría alternativa claramente superior»¹²².

Cabalmente ésta podría ser la razón que no sólo legítima, sino que hace necesario el estudio, por parte de quien busca una comprensión de las realidades humanas, de las aportaciones que haya podido ofrecer el psicoanálisis. La mayor riqueza de sus observaciones daría lugar a sustituir una psicología del sentido común, rudimentaria, por un conocimiento más completo. Eso sería lo que ocurre con el psicoanálisis cuando atiende al estudio de un nivel insospechado hasta él, el nivel inconsciente, al que pretende tener acceso y al que parece descubrir como mucho más amplio e importante incluso que la esfera de lo consciente, única dentro de la cual se movía la observación y, de consiguiente, la interpretación ajena a los descubrimientos del psicoanálisis.

Es cierto que su gran fallo puede estar en haber recurrido exclusivamente a esquemas a priori para estudiar ese inconsciente. Pero ello no descalificaría, sin más, todas sus aportaciones al descubrimiento de esta dimensión de la realidad humana. Ante todo, habría que reconocer con toda nitidez la distinción que supone el decir que, si

121. H. J. EYSENCK, *Psychoanalysis - myth or science?*, 1. c., p. 80.

122. *Ib.*, p. 78.

bien el inconsciente es un concepto metaempírico, no por ello es un concepto metafísico. Obviamente, sólo estamos ante uno de tantos casos, comunes a todas las ciencias, a comenzar por la física, en que hay que recurrir a constructos mentales, a los que no responde una realidad determinable, pero que son imprescindibles como esquema operativo para la captación de la realidad. En definitiva, el inconsciente, por muy indefinible que sea, es algo del mismo orden que los datos observables, a partir de los cuales se llega a su establecimiento. Si luego ocurre, como pretenden diversas direcciones de la psicología más académica, que se dé con recursos más adecuados y rigurosos para llegar al conocimiento del inconsciente¹²³, estaremos simplemente ante un avance de nuestros conocimientos en la misma dirección apuntada inicialmente por el psicoanálisis.

* * *

En conclusión, pues: reconocemos al psicoanálisis como una psicología no de la *explicación* científica, pero sí de la *comprensión* de la realidad humana, en cuanto intenta tener en cuenta la vida humana como totalidad y con unas características no expresables en las leyes de la psicología explicativa. Aceptamos el psicoanálisis como un intento hermenéutico, es decir, como una peculiar interpretación de la conducta y del ser humano, basada sobre la observación amplificada mediante los recursos que le proporciona su propio método de exploración del inconsciente. Al sostener, sin rodeos, su carácter no científico, me atengo al convencimiento, que comparto con el gran crítico del psicoanálisis, Eysenck, de que afirmar que el psicoanálisis no es ciencia no implica un juicio de valor; implica simplemente que no se adapta a la definición de ciencia ni a su método¹²⁴. Pero lo que queda por reconocer es que la ciencia sea el *valor humano* supremo, incluso y sobre todo en ese intento de comprenderse el hombre a sí mismo y de dar razón de su sentido, del de sus actividades y reacciones y del de su vida toda.

123. Pienso especialmente en las pretensiones, en este sentido, que reiteran los investigadores soviéticos, tales como D. Uznadzé, en sus estudios sobre las «actitudes» (cf. M. BASSIN, *Qué pensamos sobre el psicoanálisis*, pp. 13 ss.). Me refiero, sobre todo, al interesante planteamiento acerca de las relaciones sinérgicas entre consciente e inconsciente.

124. Cf. H. J. EYSENCK, *Usos y abusos de la psicología*, p. 272.

NOTA BIBLIOGRAFIA

- ALEXANDER, P., *Rational behavior and psychoanalytic explanation*, en «Mind» 71 (1962), 326-341.
- ANDERSON, B. F., *El método científico: Estructura de un experimento psicológico*. Marfil, Alcoy 1968.
- BARTOLOMEI, G., *Freud tra scienza ed etica*, en «Giorn. Fil. Ital.» 50 (1971), 100-119.
- BASSIN, F., *Qué pensamos acerca del psicoanálisis*. Cientec, B. Aires 1977.
- BENEDEK, Th., *Psychoanalysis and science: The concept of structure*, en «The annual of Psychoan.» Vol I, Chicago Inst. of Psychoan., The New York Times Book Co., New York 1973, pp. 73-81.
- BERTHERAT, Y., *Freud avec Lacan ou la science avec le psychanalyste*, en «Esprit» 35 (1967), 979-1003.
- BLUM, G. S. - MILLER, D. R., *Exploring the psychoanalytic theory of the moral character*, en J. H. EYSENCK - G. D. WILSON, *The experimental study of Freudian theories*, pp. 65-81.
- BRAUNSTEIN, N. A. y otros, *Psicología: ideología y ciencia*. Siglo XXI, Madrid 1976.
- BRODEUR, C., *Du problème de l'inconscient à une philosophie de l'homme. I: Les théories freudiennes sur la structure de l'organisme psychique. II: La structure de la pensée humaine*. Inst. Rech. Psych., Montreal 1969.
- BUNGE, M., *La investigación científica*. Ariel, Barcelona 1960.
- CARUSO, I. A., *El psicoanálisis, lenguaje ambiguo*. F.C.E., México 1966.
- CIOFFI, F., «Freud y la idea de pseudociencia», en *La explicación en las ciencias de la conducta* (ed. R. Borger y F. Cioffi). Alianza, Madrid 1974, pp. 327-378.
- DALBIEZ, R., *El método psicoanalítico y la doctrina freudiana*. Desclée, B. Aires 1948.
- DELEULE, D., *La psicología, mito científico*. Anagrama, Barcelona 1972.
- ELLIS, A. E., *An introduction to the principles of scientific psychoanalysis*, en S. RACHMAN (ed.), *Critical essays on psychoanalysis*. Macmillan Comp., New York 1963, pp. 82-137.
- EYSENCK, H. J., *Fact and fiction in psychology*. Penguin Books, Harmondsworth 1970.
- *Psychoanalysis - myth or science?*, en «Inquiry» 4 (1961), 1-15. Reimpreso en S. RACHMAN (ed.), *Critical essays on psychoanalysis*. The Macmillan Comp., New York 1963, pp. 66-81.
- *The effects of psychotherapy*, en «Int. J. Psych.» 1 (1965), 97-144.
- *The effects of psychotherapy: an evaluation*, en «J. Cons. Psych.» 16 (1952), 319-324. Reimpreso en H. J. EYSENCK and G. D. WILSON, *The experimental study of Freudian theories*. Methuen, London 1973, pp. 365-373.
- *The experimental study of Freudian concepts*, en «Bull. Br. psychol. Soc.» 25 (1972), 261-267.
- *Usos y abusos de la psicología*. Biblioteca Nueva, Madrid 1957.
- EYSENCK, H. J. - WILSON, G. D., *The experimental study of Freudian theories*. Methuen, London 1973.

- FARREL, B. A., *Can Psychoanalysis be refuted?*, en «Inquiry» 1 (1961), 16-36.
 — *On the character of psychodynamic discourse*, en «Brit. J. of Med. Psychol.» 54 (1961), 7-21.
 — *The criteria for a psychoanalytic research*, en «Proceedings of the Aristotelian Society» 36 (1962) 77-100.
 — *The scientific testing of psychoanalytic finding and theory*, en «Brit. J. of Med. Psychol.» 24 (1951) 35-51.
 — *The status of psychoanalytic theory*, en «Inquiry» 7 (1964), 104-123.
- FEIGL, H. - SCRIVEN, M. (eds.), *Los fundamentos de la ciencia y los conceptos de la psicología y del psicoanálisis*. Ed. Universitaria, Santiago de Chile 1967.
- FINE, R., *Freud. A critical re-evaluation of his theories*. Allen and Unwin, London 1963.
- FOUGEYROLLAS, P., *La révolution freudienne*. Gauthier, Paris 1970.
- FRIEDMAN, J. L., *Us et abus de la psychoanalyse*. Planète, Paris 1969.
- FROMM, E., *Más allá de las cadenas de la ilusión*. Herrero-Hermanos, México 1971.
- GARDNER, M., *Fads and fallacies*. New York 1957.
- GÖRRES, A., *Métodos y experiencias del psicoanálisis*. Herder, Barcelona 1963.
- GOLDMAN-EISLER, F., *The problem of «orality» and of its origin in early childhood*, en J. H. EYSENCK and G. D. WILSON, *The experimental study of Freudian theories*, pp. 38-61.
- HALL, C., *Strangers in dreams: an empirical confirmation of the Oedipus complex*, en J. H. EYSENCK and G. D. WILSON, *The experimental study of Freudian theories*, pp. 113-122.
- HALL, C. - VAN DE CASTLE, R. L., *An empirical investigation of the castration complex in dreams*, en H. J. EYSENCK and G. D. WILSON, *The experimental study of Freudian theories*, pp. 157-166.
- HATMANN, H., *Comments on the scientific aspects of psychoanalysis*, en *Essays on ego psychology*. The Hogarth Press, London 1964, pp. 297-317.
- HEMPEL, C. G., *Filosofía de la ciencia natural*. Alianza, Madrid 1977.
- HESNARD, A., *L'oeuvre de Freud et son importance pour le monde moderne*. Payot, Paris 1960.
- HILGARD, E. R. - KUBIE, L. S. - PUMPIAN-MINDLIN, E., *El psicoanálisis como ciencia*. UNAM, México 1969².
- HOLMES, D. S., *Repression or interference? A further investigation*, en H. J. EYSENCK and G. D. WILSON, *The experimental study of Freudian theories*, pp. 173-187.
- HOLT, R. R. - PETERFREUND, E. (ed.), *Psychoanalysis and contemporary science*. The Macmillan Comp., New York 1972.
- HOOK, S. (ed.), *Psicoanálisis e método científico*. Einaudi, Torino 1967.
- HYMAN, R. - BERGER, L., *The effects of psychotherapy: Discussions*, en «Int. J. Psychoa.» 1 (1965), 317-322.
- JONES, A. E., *The life and work of Sigmund Freud*. 3 vols. Basic Books, New York 1953-1957.
- KIESLER, D. J., *Some myths of psychotherapy research and the search for a paradigm*, en «Psych. Bull.» 65 (1966), 110-136.
- KLINE, P., *Fact and fantasy in Freudian Theory*. Methuen, London 1972.
 — *Obsessional traits, obsessional symptoms and anal erotism*, en H. J. EYSENCK and G. D. WILSON, *The experimental study of Freudian theories*, pp. 86-95.
- KOLTENIUK, M., *El carácter científico del psicoanálisis*. F.C.E., México 1976.
- LEE, S. G. M. - HERBERT, M. (ed.), *Freud and psychology*. Penguin Books, Harmondsworth 1970.

- LEVINGER, G. - CLARK, J., *Emotional factors in the forgetting of word associations*, en H. J. EYSENCK and G. D. WILSON, *The experimental study of Freudian theories*, pp. 190-203.
- LEVI-STRAUS, C., *Les structures élémentaires de la parenté*. Monton, Paris 1971³.
- LEVY-VALENSI, E. A., *El psicoanálisis. Perspectivas y riesgos*. Marova, Madrid 1972.
- LOCH, W., *Zur Theorie, Technik und Therapie der Psychoanalyse*. S. Fischer, Frankfurt a. M. 1972.
- LORENZER, A., *Kritik des psychoanalytischen Symbolbegriffs*. Suhrkamp, Frankfurt a. M. 1970.
- MADDEN, E. H., *Explanation in psychoanalysis and history*, en «Philosophy of science» 33 (1966), 278-286.
- MADISON, P., *Freud's concepts of repression and defense, its theoretical and observational language*. Univ. of Min. Press, Minneapolis 1961.
- MASERMAN, J. H. (ed.), *Science and psychoanalysis*. Grune and Straton, New York 1964.
- MAZLISH, B. (ed.), *Psychoanalysis and History*. Prentice Hall, New York 1963.
- MUSSO, J. R., *Falacias y mitos metodológicos de la psicología*. Psique, B. Aires 1970.
- *Problemas y mitos metodológicos de la psicología y de la psicoterapia*. Psique, B. Aires 1970.
- NAGEL, E., *La estructura de la ciencia*, Paidós, B. Aires 1968.
- NASSIF, J., *Freud et la science*, en «Cah. Anal.» 9 (1968), 147-167.
- PIAGET, J. y otros, *Tendencias de la investigación en las ciencias sociales*. Alianza, Madrid 1974.
- PINCKNEY, E. R. y C., *La falacia de Freud y del psicoanálisis*. Herrero Hnos., México 1966.
- POLITZER, G., *Crítica de los fundamentos de la psicología*. Martínez Roca, Barcelona 1969.
- RACHMAN, S. (ed.), *Critical essays on psychoanalysis*. The Macmillan Comp., New York 1963. Hay traduc. española: *Ensayos críticos al psicoanálisis*. Taller de Ediciones J. B., Madrid 1975.
- RACHMAN, S., *The effects of psychotherapy*. Pergamon Press, Oxford 1972.
- RAPAPORT, D., *La estructura de la teoría psicoanalítica*. Paidós, B. Aires 1971³.
- RICOEUR, P., *Freud: una interpretación de la cultura*. Siglo XXI, México 1970.
- *Le conflit des interprétations*. Seuil, Paris 1969.
- RITVO, L. B., *Darwin as the surce of Freud's neo-lamarckianism*, en «J. Am. Psych. Ass.» 13 (1965), 499-517.
- ROAZEN, P., *Freud. Su pensamiento político y social*. Martínez Roca, Barcelona 1970.
- ROBERT, M., *La revolución psicoanalítica*. F.C.E., México 1966.
- ROF CARBALLO, J., *Biología y psicoanálisis*. Desclée, Bilbao 1972.
- RYCROFT, Ch., *A critical dictionary of psychoanalysis*. Nelson, London 1968.
- RYCROFT, Ch. (ed.), *Psychoanalysis observed*. Penguin Books, Harmondsworth 1968.
- SARASON, I. G. (ed.), *Science and theory in psychoanalysis. An enduring problem in psychology*. Van Nostrand, New York 1965.
- SEARS, R. R., *Survey of objective study of psychoanalytic concepts*. Social Sc. Research Council, New York 1943.

- SHERWOOD, M., *The logic of explanation in psychoanalysis*. Academic Press, New York 1969.
- SKINNER, B. F., *Critique of psychoanalytic concepts and theories*, en «Sc. Monogr.» 79 (1954), 300-305.
- *Critique of psychoanalytic concepts and theories*, en *Minnesota Studies in the Philosophy of science* (ed. by H. FEIGLJ. Vol. I, Univ. of Minnesota Press, 1956.
- SLATER, E., *Freud: a philosophical assesment*, en «Brit. J. Psych.» 120 (1972), 455-457.
- STARKE, J. G., *The validity of psychoanalysis*. Angus and Roberston Pub., London 1973.
- TORRES NORRY, A., *Freud, pro y contra*. Crespillo, B. Aires 1957.
- VALLEJO, A., *Para una epistemología del psicoanálisis*. Axis, B. Aires 1975.
- WAELDER, R., *Psychoanalysis, scientific method and philosophy*, en «J. Am. Psychoanal. Ass.» 10 (1962), 3-13.
- WERNER, H. (ed.), *El método experimental en psicología y psicoanálisis*. Paidós, B. Aires 1967.
- WISDOM, J., *Philosophy and psychoanalysis*. Blackwell, Oxford 1953.
- WOLMAN, B. B., *Teorías y sistemas contemporáneos en psicología*. Martínez Roca, Barcelona 1975.
- WOLPE, J. - RACHMAN, S., *Psychoanalytic evidence: a critique based on Freud's case of Little Hans*, en *Critical essays on psychoanalysis* (ed. by S. RACHMAN), Macmillan Co., New York 1963, pp. 198-220.
- ZIZIEMSKY, D. (ed.), *Métodos de investigación en psicología y psicopatología*. Nueva Visión, B. Aires 1971.

JESUS CORDERO PANDO